

# **POESIAS**

**DE**

*José María Heredia*



Edición conmemorativa  
Nueva York  
1825

**Ediciones Bachiller**

**POESIAS**  
**DE**  
*José María Heredia*



NUEVA — YORK.  
LIBRERÍA DE BEHR Y KAHL, 129 BROADWAY.  
*Imprenta de Gray y Bunce.*

—  
1825

Título: *Poesías*

Edición: Yaremís Pérez Dueñas

Colección: Miradas

Diseño de cubierta: Yury Díaz Caballero

Versión PDF: Damaris Rodríguez Cárdenas

© José María Heredia, 2025

© Sobre la presente edición: Ediciones Bachiller, 2025

ISBN: 978-959-7281-13-9

**Ediciones Bachiller**

Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

Ave. Independencia y 20 de Mayo,

Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba

[bibliocuba2018@gmail.com](mailto:bibliocuba2018@gmail.com)

[www.bnjm.cu](http://www.bnjm.cu)

Nota de la editora: la presente edición reproduce íntegramente la de 1825. Hemos mantenido ortografía, estilos y redacción añadiendo solo dos textos introductorios para iluminar al lector y revelar el motivo de tal publicación.

## ÍNDICE

- Doscientos años de la primera edición de *Poesías de José María Heredia* (1825). Memoria, destierro y génesis del romanticismo hispano / 7**
- Primero Heredia / 11**
- Á D. Ignacio Heredia / 13**
- Advertencia. / 14**
- A una señorita, que leia con gusto mis versos. / 15**
- El consuelo. / 16**
- La partida. / 18**
- El rizo de pelo. / 20**
- El convite. / 22**
- A Lola, en sus días. / 23**
- Un amigo que partía á La Habana. / 27**
- La prenda de fidelidad. / 29**
- Los recelos. / 31**
- A D. Domingo Delmonte, desde el campo. / 34**
- El desamor. / 38**
- Ausencia y recuerdos. / 40**
- A.... En el bayle. / 43**
- A la noche. / 47**
- En el dia de mi cumpleaños. / 51**
- La estacion de los Nortes. / 57**

- La resolucion.** / 59
- A una señorita que saco copia  
de una de mis poesias para regalarmela.** / 61
- La lágrima de piedad.** / 63
- Al Sol.** / 64
- A mi padre encanecido en la flor de su edad.** / 69
- Al alzamiento de los Griegos contra los Turcos en 1821.** / 70
- A mi padre, en sus dias.** / 77
- Poesia.** / 79
- A mi caballo.** / 84
- Versos escritos en una tempestad.** / 85
- Inscripcion para el sepulcro de mi hermano.** / 87
- Carácter de mi padre.** / 88
- Inmortalidad.** / 88
- Roma.** / 89
- A mi querida.** / 90
- Caton.** / 90
- Sócrates.** / 91
- A D. Diego Maria Garay, en el papel de *Junio Bruto*.** / 92
- D. José Tomas Boves** / 92
- Para grabarse en un árbol.** / 93
- Recuerdo.** / 94
- Napoleon.** / 94
- La desconfianza.** / 95

<b>Mi gusto.</b>	/ 96
<b>Renunciando á la poesía.</b>	/ 96
<b>Misantropia.</b>	/ 97
<b>Fragments descriptivos de un poema mexicano.</b>	/ 100
<b>Niágara.</b>	/ 104
<b>A Napoleon.</b>	/ 108
<b>Placeres de la melancolía.</b>	/ 116
<b>El mérito de las mugeres.</b>	/ 126
<b>Atala.</b>	/ 142
<b>Mis versos.</b>	/ 146
<b>Mi ciencia.</b>	/ 147
<b>El ruego.</b>	/ 148
<b>Melancolía.</b>	/ 149
<b>Memorias.</b>	/ 151
<b>Plan de estudios.</b>	/ 152
<b>Notas.</b>	/ 154
<b>Onoria Céspedes Argote</b>	/ 156
<b>Leonardo Sarría Muzio</b>	/ 157

**DOSCIENTOS AÑOS DE LA PRIMERA EDICIÓN DE *POESÍAS*  
DE JOSÉ MARÍA HEREDIA (1825). MEMORIA, DESTIERRO Y GÉNESIS  
DEL ROMANTICISMO HISPANO**

**L**a edición de 1825 de las *Poesías* de José María Heredia y Heredia, publicada en Nueva York por la imprenta de Gray y Bunce, en Broadway, constituye uno de los hitos más tempranos y trascendentes del Romanticismo hispanoamericano. No solo representa la primera recopilación impresa de la voz lírica del poeta cubano, sino también el inicio de una conciencia literaria y política que marcaría toda su obra posterior y su influencia en México y América Latina. Con este libro, Heredia inaugura una sensibilidad nueva en lengua española: la exaltación del sentimiento, la naturaleza como categoría espiritual, el yo desgarrado por el destierro y la libertad como horizonte moral.

El volumen, impreso en formato de octavo menor y compuesto por 162 páginas, incluye poemas emblemáticos como *Niágara* y el poema que hoy conocemos como *En el Teocalli de Cholula*, el cual apareció originalmente publicado en 1825 bajo el título de *Fragmentos descriptivos de un poema mexicano*. Este dato no es menor: revela el proceso de gestación estética del texto y su posterior fijación canónica en la edición definitiva de Toluca de 1832, donde adquiere el título con que ha pasado a la historia literaria.

En su Advertencia a la edición de Toluca de 1832, Heredia declara con humildad y lucidez el espíritu con que lanzó este texto:

En 1825 publiqué la primera edición de estas poesías, sin pretensión alguna literaria. Mis amigos la deseaban, y sus instancias me distraían de los vastos designios que me inspiraban la exaltación y el amor de la gloria. Por este motivo, y como quien arroja de sí una carga, lancé al mundo mis versos, para que

tuviesen su día de vida, en circunstancias muy desventajosas, pues la tormenta que me arrojó a las playas del Norte, me privó de los manuscritos, dejándome sin más recurso que mi fatigada memoria.

Estas palabras poseen un valor extraordinario para comprender la génesis de la edición de Nueva York. Heredia confiesa que el libro fue elaborado sin disponer de sus manuscritos originales, lo que le obligó a reconstruir sus poemas desde la memoria, en medio de la adversidad del exilio. La edición de 1825 es, por tanto, no solo un libro de poesía, sino un acto de supervivencia intelectual y un gesto de afirmación del espíritu creador frente al desarraigo.

La obra nació también como un proyecto afectivo y de amistad. En la dedicatoria dirigida a su tío Ignacio Heredia, el poeta revela el profundo desgarro por el destierro y el sentido íntimo de estas páginas: «¿A quién deberé dedicar estas poesías sino al mejor de los amigos, al que me ama más que un hermano, a ti, Ignacio mío? (...) Desde estas playas extranjeras se parten a tu seno estas efusiones de mi alma, con las que te envía toda su amistad pura, ardiente, eterna». Aquí se manifiesta el carácter confesional de esta primera edición: sus poemas son «efusiones del alma», escritas para resistir la soledad y sostener los vínculos del afecto.

Un rasgo esencial de esta edición es su carácter pedagógico, íntimamente ligado a la labor de Heredia como profesor de lengua española en los Estados Unidos. En la Advertencia también explica: «Se notará en esta obrita profusión de acentos; pero ha sido necesario emplearlos, para hacerla útil a los americanos que estudian el español, y desean adquirir una buena pronunciación». En la versión inglesa añade que nada es más eficaz para aprender la correcta pronunciación que la lectura de la poesía. Así, el libro se concibe no solo como obra estética, sino también como instrumento formativo, como un servicio cultural ofrecido

por «un joven desterrado» al país que le brindó asilo. Esta dimensión pedagógica convierte la edición de 1825 en un testimonio temprano del humanismo práctico herediano, donde creación literaria, lengua y educación forman una unidad.

Otro rasgo decisivo de esta primera edición es la ausencia de las poesías patrióticas. La omisión fue una decisión consciente de Heredia, motivada por razones de prudencia política y de protección a su familia. En carta a su amigo Silvestre Alfonso, fechada el 28 de febrero de 1824, explica con claridad su proyecto editorial: «Voy a emprender la publicación de mis poesías, es decir de las eróticas y morales, pues las patrióticas no quiero ni ponerlas en limpio».

La patria, sin embargo, no desaparece del libro: se transforma en paisaje, en melancolía, en memoria y en horizonte de libertad. La autocensura no anula el compromiso profundo del poeta con la causa americana, simplemente lo traslada a un plano simbólico más íntimo y universal.

Con el paso del tiempo, Heredia observó con asombro el destino que su obra había alcanzado. Tras confesar que había «olvidado pronto aquel libro», reconoce que sus poesías circularon con aceptación en América y Europa, y que las reimpresiones en París, Londres, Hamburgo y Filadelfia, así como el juicio favorable de los literatos, «prorrogaron el día de vida que yo les había señalado». Este reconocimiento internacional temprano confirma que la edición de 1825 fue el punto de partida de la irradiación universal de su obra.

Hoy, esta reedición conmemorativa preparada por Ediciones Bachiller de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí rescata el espíritu de aquella publicación surgida del fervor juvenil, de la nostalgia del destierro y de la fe en la palabra. Su recuperación constituye un acto de reparación histórica y de celebración continental, pues fue en las prensas de Nueva York donde resonó por primera vez, de manera orgánica, el verso romántico en lengua española desde América.

Releer las *Poesías* de 1825 es reencontrarse con el joven exiliado que convirtió su palabra en proyecto cultural y en legado para las generaciones futuras. Es asistir al nacimiento de una voz americana que, desde la adversidad, inauguró una literatura moderna, sensible, humanista y libertaria, cuyo eco continúa vivo doscientos años después.

ONORIA CÉSPEDES ARGOTE

Coordinadora de las Obras Completas José María Heredia.

## PRIMERO HEREDIA

No por sabido deja de resultar notable. José María Heredia tiene solo 22 años cuando publica en Nueva York su primer tomo de *Poesías*. En la dedicatoria, que ofrece a su hermano Ignacio, escribe como quien ha madurado de golpe: «un huracán imprevisto [dice] arruinó todas mis inocentes esperanzas, y me ha traído a fatigar con mi aspecto errante las playas extranjeras». La imagen poco cuadra con la de un muchacho y, menos, con la de una voluntad a gusto. Ha sido empujado y, como errante, anhela en lejanía. En noviembre de 1823 había logrado escapar de Matanzas, tras delatársele como miembro de los Caballeros Racionales y dictarse auto de prisión en su contra. Para diciembre del 24, su nombre figura entre los condenados a destierro por la Conspiración de Rayos y Soles de Bolívar. En la edición –cuyo bicentenario celebra ahora la Biblioteca Nacional de Cuba–, recoge en su mayoría composiciones hechas entre 1819 y 1824 –«A un amigo que partía a La Habana» («A Elpino»), «A..., en el baile», «La estación de los Nortes», «Al Sol», «Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821» («A los griegos en 1821»), «A mi caballo», «Versos escritos en una tempestad» («En una tempestad»), «Fragmentos descriptivos de un poema mexicano» («En el teocalli de Cholula»), «Niágara»–, con las que se ha asegurado ya un sitio de excepción en la estimativa de sus contemporáneos. Recordemos, como de paso, el tratamiento de clásico vivo que tempranamente le dispensará el *Diccionario de las musas* (1827) de D. Manuel González del Valle, al incluirlo como «modelo» –así en las entradas de Ballata o cantata, Digresión y Epístola– en ese repertorio que se proponía explicar «lo más importante de la poética teórica y práctica con aplicación de la retórica y la mitología». Si le queda aún obra por escribir, las notas esenciales de su sensibilidad están aquí marcadas. Estro de amplitud para la espiritual captación del paisaje, igualmente capaz lo mismo ante el sublime torrente de

aguas, que ante la serenidad crepuscular de la llanura sobre la que cruzan sombras de nubes. Creería uno que con la pregunta de aquella nota que acompaña en el volumen el texto «Placeres de la melancolía»: «¿Por qué no tiene Cuba grandes poetas, cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imaginación viva, cubiertos por el cielo más puro, y cercados de la naturaleza más bella?», Heredia habla oblicuamente de sí mismo. Él está, qué duda cabe, plenamente dotado y su voz resultará para la poesía cubana fundadora en más de un sentido. La amada, «cual palma gallardísima y erguida», se asemeja a los signos de la patria. La patria en la distancia, como en la prosa de Varela, según observara en su momento Cintio Vitier, se vuelve deseo y añoranza. He ahí la eficacia de su discurso patriótico, eso que José María Chacón y Calvo llamó «poesía civil interna» y que en el «Himno del desterrado» será sobre todo evocación de sus «tesoros de amor»: sus amigos, sus hermanas, su madre. El contenido político, en su forma más conmovedora, pasa siempre por el recuerdo, el vínculo entrañable y por la conciencia de un orden de justicia y moralidad naturales que la opresión y la tiranía han desajustado. Cantor de la libertad, su lírica inaugura una tradición que los poetas de *El laúd del desterrado* (1858) honraron colocándolo al frente de la antología. Primero Heredia, luego ellos –Santacilia, Turla y Denis, Teurbe Tolón, Zenea– y más allá, después, Martí.

Estremece leer, en la edición de *Obras poéticas* (Imprenta y Librería de Néstor Ponce de León, Nueva York, 1875), el agradecimiento del editor a la viuda de Zenea por haber puesto en sus manos «el número inmenso de notas i diversos materiales que había reunido su distinguido esposo para el gran trabajo crítico que meditaba sobre Heredia». De una a otra generación, el valor de su palabra se entiende y custodia como algo sustantivo que no agotan sus símbolos. Algo sustantivo, «lo herédico», como un cauce de lo nuestro, un modo de lo americano y lo cubano en que nos reconocemos.

LEONARDO SARRÍA MUZIO

## Á D. IGNACIO HEREDIA

¿A QUIEN deberé dedicar estas poesías sino al mejor de los amigos, al que me ama más que un hermano, á ti, Ignacio mio? Cuando apesar de las olas del Oceano que nos separan, lleguen á tus manos, léelas bajo las mismas sombras pacíficas donde muchas de ellas se escribieron, donde en paz acabar mis dias á tu lado. Pero un huracan imprevisto arruinó todas mis inocentes esperanzas, y me há traído á fatigar con mi aspecto errante las playas estrangeras. Desde ellas se parten á tu seno estas efusiones de mi alma, con las que te envía toda su amistad pura, ardiente, eterna

*José María Heredia.*

## ADVERTENCIA.

Se notará en esta obrita profusion de acentos; pero há sido necesario ernpearlos, para hacerla útil á los Americanos que estudian el Español, y desean adquirir una buena pronunciacion.



THE author has paid particular attention to the accentss to make these poems useful to Americans learning the Spanish language. Nothing is better calculated to give them a practical knowledge of the true pronunciation of words, than the habit of reading poetry. May they receive this little service of an exiled youth, as an expression of gratitude for the asylum he has found in this happy country!

A UNA SEÑORITA,  
QUE LEIA CON GUSTO MIS VERSOS.

DÍCENME, jóven hermosa,  
que con semblante agradado  
viste mis tiernos escritos,  
al solo amor consagrados.  
Yo, hermosa, no de la fama  
anhelo el estéril lauro:  
mi único placer y gloria  
es amar y ser amado.  
Por agradar hago versos,  
y mas me adula el aplauso  
en los ojos de las bellas,  
que en la boca de los sabios.  
Desde que miré tu rostro,  
y tu talle delicado,  
tu ademan dulce y modesto,  
tus ojos vivos brillando,  
y en fin tu frente serena,  
del bello pudor retrato,  
el corazon en el pecho  
me palpitó acelerado.  
Oh! si palpitase el tuyo!  
Si mi cariño pagando  
me amases, ¡cuál bendijera  
mis versos afortunados!  
¡Ay! oye, hermosa, mi acento,  
óyele grata, y tornando  
á mi tus benignos ojos,  
muda en placer mi quebranto.  
Mira que mas que talentos  
tengo un pecho tierno y blando,  
que amor suspira y no gloria,

y cuento diez y siete años.  
Oye mis ruegos, querida,  
y en vez de laureles vanos,  
ciñe mi frente con mirtos,  
á Cupido consagrados.  
Tú serás la inspiradora  
y el objeto de mi canto,  
que repetirá: *mi gloria*  
*es amar y ser amado.*

1821.



### EL CONSUELO.

Ay! ¿porque, adorada mia,  
cuando la noche agradable  
nos convida á ser dichosos,  
gimes triste y anhelante?  
Están ajadas y müstias  
las rosas de tu semblante,  
y en desorden tempestuoso  
tu seno trémulo late.  
En vano con tu sonrisa  
te esfuerzas ¡ay! á halagarme...  
Triste y amarga sonrisa,  
que no puede fascinarme!  
¡Yo estar contento y tranquilo  
cuando padece mi amante...!  
Yo fuera, si lo estuviese,  
el mas vil de los mortales.

¡Oh muger idolatrada!  
conmigo tus penas parte,  
y llorarás en mi seno,  
y el llanto sabrá aliviarte.  
De esta luna silenciosa  
á la luz grata y suave,  
al susurro de las hojas  
que leve el zéfiro bate,  
tambien de melancolía  
siento mi pecho llenarse,  
y la voz oír me parece  
de mi malogrado padre.  
Un año há que el frío sepulcro  
me cavaban los pesares,  
y mi juventud robusta  
cual flor sentí marchitarse.  
Fatigado de la vida,  
viendo la huesa delante,  
quise cortar mis dolores,  
y en ella precipitarme.  
Ay! si hubiera ejecutado  
mis proyectos criminales,  
ni gozara de tu vista,  
ni de tu amor inefable.  
¡Angel de paz! Dios piadoso  
te destinó a consolarme...  
¿El hacerme tan dichoso  
á tu dicha no es bastante?  
Deja, adorada, que el tiempo  
la region impenetrable  
del porvenir nos descubra,  
y no angustiosa te afanes.  
¿De la tórtola no escuchas  
el arrullo lamentable,

que en noche tan calma y pura  
dulce resuena en Ios ayres?  
El manda amor; ven, querida,  
y entre mis brazos amantes  
olvida, como yo olvido,  
los cuidados y pesares.

1822.



### LA PARTIDA.

ADIOS, amada, adios: llegó el momento  
del doloroso *adios*: mi sentimiento  
te diga aquesto llanto.... ¡ay! el primero  
que me arranca el dolor.... Oh Lesbia mia!  
No es tan solo el horror de abandonarte  
Io que me agita así; son los temores  
de perder tu cariño: si, la ausencia  
mi imágen borrará, que en vivo fuego  
grabó en tu pecho amor... Tú eres hermosa,  
y yo soy infeliz... En mi destierro  
viviré entre dolor, y tú cercada  
en fiestas mil de juventud fogosa,  
que abrasará de tu beldad el brillo,  
me venderás perjura,  
y en nuevo amor palpitará tu seno,  
olvidando del mísero Fileno  
la fé constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,  
y triste, y lloroso,  
noticias ansioso  
de ti pediré:  
y acaso diránme  
con voz dolorida:  
*tu Lesbia te olvida:*  
*tu Lesbia es infiel.*

Yo te ofendo, adorada; si, perdona  
á tu amante infeliz estos recelos.  
¿Cuando el que quiso bien no tuvo zelos?  
Tú sabrás conservar con fiel cariño  
de tu primer amante la memoria;  
no perderás ese candor que te hace  
del cielo amor, y de tu sexo gloria.  
Lloras! ay! lloras...! ¡Oh fatal momento  
de dicha y de dolor! Aqueso llanto  
que tu amor me asegura,  
me parte el corazon... Tu hermosa vida  
hé llenado de penas y amargura  
con mi funesto ardor... El cielo sabe  
que con toda la sangre que me anima  
comprar quisiera tu inmortal ventura.  
Mas desdichado soy... ¿por que te uniste  
á mi suerte cruel, que há emponzoñado  
de tus años la flor..?

Adios, querida..!

Adios... Ay! Apuremos presurosos  
el cáliz del dolor... Ese pañuelo  
con tus preciosas lágrimas regado,  
dámele, y toma el mio.  
Besándolo mil veces, y en sus hilos  
Mi llanto amargo uniendo con tu llanto,

daré á mis penas celestial consuelo.  
*Lesbia me ama, diré, y en mi partida  
este llanto vertió... Tal vez ahora  
mi pañuelo feliz besa encendida,  
y le aprieta á su seno,  
y un amor inmortal jura á Fileno.*

Piensa en mí, Lesbia divina,  
y si algun amante osado,  
de tus hechizos prendado,  
quiere robarme tu amor,  
pon la vista en el pañuelo,  
prenda fiel de la fé mia,  
y di: cuando se partía,  
*icuan grande era su dolor...!*

Abril de 1819.



### EL RIZO DE PELO.

Pelo querido,  
tú la inclemencia  
de aquesta ausencia  
mitigarás.  
De cruel olvido  
ni un solo instante  
al pecho amante  
permitirás.

En el momento cruel de mi partida...  
Oh Dios! Vi á, mi adorada;

la vi, Deliso, en lágrimas bañada,  
la cabellera al aire desparcida...  
nunca, Deliso, nunca, tan hermosa  
apareció á mis ojos.  
*¡Partes!* me dijo en moribundo acento,  
los bellos ojos trémula fijando  
en mi faz dolorosa:  
*Parto*, dije, y el labio balbuciente  
se negó á proseguir, y los sollozos  
suplieron á la voz, y tristemente  
por el aire sonaron: ella entonces,  
quitando un rizo de su pelo rubio,  
con ternísima voz, *Toma*, me dijo,  
*guárdale ¡ay Dios! por que de mí te acuerdes...*  
Oh pelo de mi amada!  
ven á mis labios, ven... Pon en mi pecho  
tu mansion duradera,  
solo consuelo que la suerte fiera  
en mi mal me dejó, y al contemplarte  
diré vertiendo lágrimas ardientes:  
*Feneció para mi alma la alegría:*  
*feneció la ventura y gloria mia.*

Ven mil veces al labio y al pecho,  
ven, ioh parte feliz de mi amada!

Tú mi bien y mi gloria pasada  
me recuerda, y me anima á esperar.

¡Ojalá que mi Lesbia á mi ejemplo  
guardé siempre el querer de su amante!

¡Ojalá que en su pecho constante  
nunca pueda á Fileno olvidar!

1819.



## EL CONVITE.

LLEGA, llega á mis brazos,  
objeto amable, que encantar supiste  
mi tierno corazon: con faz serena  
tiende tus brazos de mi cuello en torno,  
y bésame otra vez... Oh! cuanto el alma  
se llena de placer! Como al mirarte  
huyen mis penas, cual la niebla fría  
al relucir del sol...! Nunca ¡oh amada!  
nunca podrá olvidar el alma mia  
tu beldad y tu amor... Mírame, hermosa,  
y que otra vez al contemplar mi gloria  
aplauda Amor entre festiva risa,  
batiendo alegre las divinas palmas.  
Mil veces infeliz el que no sabe  
como Fileno amar...! Su árido pecho,  
cerrado á la alma voz de la natura,  
nunca supo gozar de sus favores;  
y muy mas infeliz quien no há encontrado  
una amante cual tú, cuya ternura  
en su pecho abrasado,  
funde un trono inmortal á los amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste,  
consolando mi amargo dolor:  
yo adoré tu beldad, tú me amaste,  
y aplaudió nuestras dichas Amor.

Mas, ¿que? ¿sobre mis hombros te reclinas,  
y tu cabello ondoso  
cubre mi frente? Tu nevada mano  
tiende, hermosa, hacia mi... ¿Mi mano ardiente  
mórbida estrechas con la mano tuya,  
y me juras amor, y en él me inflamas

con tu ardiente mirar...?

¡Oh dulce amiga!

una vez, y otra, y mil los dos juremos  
no olvidarnos jamás. Ven, y sellemos  
nuestro ardiente jurar con mil caricias...

Nunca fui tan feliz: no arrebatado  
hora me siento del amor furioso  
que encendiera en mi pecho una perjura,  
menos bella que tú, menos amable.

¡Infiel! ¡cuál me vendió...! ¡Yo que rendido  
por siempre la adoré...! Lejos, empero,  
memoria tan fatal: de hoy mas la olvido  
por adorarte á ti... Ven ¡oh querida!

Sienta yo palpitá bajo mi mano  
tu blando corazon, y torne á oírte  
suspirar de placer entre mis brazos;  
y que al mirarte en languidez envuelto,  
tú con sonrisa plácida me brindes  
á coger en tus labios regalados  
el dulce beso en que el amor se goza;  
y que al cogerlo, en tus celestes ojos  
mi ventura y tu amor escritos mire,  
y te bese otra vez, y luego espire.



### A LOLA, EN SUS DIAS.

Vuelve á mis brazos, sonorosa lira,  
con que de la hermosura y los amores  
canté un tiempo el poder, cuando dichoso  
aun no esperimentaba los rigores

de horrenda ingratitud. Sobrados días  
sonó el dolor en mi infelice labio.  
Hoy resuene el placer... ¿Como pudiera  
no templarse el horror de mis pesares  
en el hermoso dia  
en que Lola nació? ¡Cuan deleitosa  
es la memoria al corazon sensible  
del dia feliz en que nació una hermosa!  
Naciste, Lola, y la natura entera  
al contemplar en tí su bello adorno,  
se gozó en tu nacer. Tu dulce cuna  
meció festivo Amor; tu primer risa  
nació bajo su beso: él complacido  
la recibió, y en inefable encanto  
y en sin igual dulzura  
tus labios empapó. Tu lindo talle  
de gallarda hermosura  
Venus ornó con ceñidor divino,  
y se gozó mil veces, contemplando  
el candor celestial de tu figura.

Nace un rey, un héroe fiero,  
que con espantosa guerra  
deberá asolar la tierra,  
y gime la humanidad.  
Naciste, Lola, y el mundo  
se gozó en tu nacimiento,  
y embelesado y contento  
adoró Amor tu beldad.

Feliz aquel, á quien si afable miras,  
se embebete en tu hablar puesto á tu lado,  
y admira con tu talle delicado  
la viva luz de tus celestes ojos.  
¡Venturoso mortal! ¡en cuanta envidia  
mi corazon enciendes...! Lola hermosa,

¿quien á tanta beldad y á tantas gracias  
pudiera resistir, ni que alma fria  
al relucir de tus ardientes ojos  
no se siente encender...? El alma mia  
se abrasó á tu mirar... Tú eres mas bella  
que la rosa lozana,  
del zéfiro mecida  
al primer esplendor de la mañana.

Si en un tiempo mas bello y felice  
yo tus gracias hubiera mirado,  
¡ah! tú fueras objeto adorado  
de mi fina y ardiente pasion.  
Mas la torpe doblez, la falsía  
que mi pecho sensible rasgaron,  
en su ciego furor le robaron  
del placer la halagüeña ilusión.

¡Angel consolador! tu beldad sola  
el bárbaro rigor de mis pesares  
y amargas penas mitigar podria.

Al lucir do tus ojos celestes,  
y de tu habla divina al encanto,  
se, aliviaron mis penas un tanto,  
y esperanza á mis ojos brilló.

¡Alma pura y feliz! ¡Divina Lola!  
Vuelve á mí afable los serenos ojos  
brille en tus labios celestial sonrisa,  
y yo seré feliz...

Acepta grata  
del pecho mio los ardientes votos,  
que al cielo se alzan por la dicha tuya.  
Ah! tú serás feliz... ¿Como pudiera  
Mil y mil veces al tremendo carro

de Amor me ataste, y con perfidia horrenda  
mil y mil veces derramar me hiciste  
mísero llanto.

Si miro acaso en su veloz carrera  
al astro bello que la luz produce,  
el fuego miro que en tus grandes ojos  
móbido brilla.

De la alta palma la gallarda copa  
tu lindo talte me presenta siempre,  
y el juramento que de odiarte hiciera  
fácil volvido.

Ay! de tus ojos el mirar sereno,  
y una sonrisa que en tus labios vague,  
son de este pecho, quo en tu amor palpita,  
único voto.

Dulce hermosura, mi rogar rendido  
benigna atiende, y con afable rostro  
a tantas ansias y á querer tan firme  
muéstrate grata.

1820.



## UN AMIGO QUE PARTÍA Á LA HABANA.

¡Feliz, Elpino, aquel que nunca ha visto  
otro cielo ni sol que el de su patria!  
Ay! i quien ventura tal contar pudieras..!

Iguales en el nombre y en la suerte,  
nos vemos separados  
de los dulces amigos,  
y del materno seno de la patria  
al funesto Anahuac arrebatados;  
al funesto Anahuac, donde mi alma  
á admirar y gozar está, cerrada.  
Si, caro amigo, si: ni de una hermosa  
la seductora y celestial mirada,  
ni el magnífico aspecto  
de las nieves eternas que coronan  
del sublime volcan la excelsa cumbre,  
pueden ¡ay! ni un momento  
aliviar mi dolor y pesadumbre.  
La encantadora imágen de mi Lesbia,  
presente sin cesar ante mis ojos,  
los felices instantes me recuerda  
que veloces pasaron, y anegado  
en amargoso lloro,  
del crudo cielo la clemencia imploro.

Tú, empero, partes, y á la dulce patria  
ya te tornas ansioso... ¡Oh! si pudiera  
tus pisadas seguir..! ¡Ay! cuan gozoso  
tu triste amigo oyera  
el ronco son con que la herida playa  
al continuo azotar del oceáno  
responde largamente: sí, la vista  
de sus ondas fierísimas, hirviendo  
de Aquilon al bramar, en mi alma vierte

inspiracion sublime y fuerza y vida.  
Yo contigo sus iras despreciara,  
y en sus campos inmensos me lanzara.  
¡Oh! como palpitante saludara  
las dulces costas de la patria mia,  
al ver pintarse su distante sombra  
en el tranquilo mar del Mediodia!  
Y al fin llegado al anchuroso puerto,  
volara á mi querida,  
y á mi agitado pecho la apretara,  
y á su boca feliz mi boca unida,  
de las pasadas penas me olvidara..!  
Pero ¿adonde me arrastra mi delirio..?  
Tú partes, caro Elpino, y tu partida  
de mi alma triste acrecerá el martirio.  
Partes ¡ay Dios! y privas á tu amigo  
de un consuelo feliz. ¿Con quien ahora  
hablaré de mi patria y mis amores,  
y aliviaré gimiendo mis dolores?  
¡Si seguirte pudiera..! ¡Ay! mi destino  
del Tezcoco en la orilla  
me detendrá tal vez hasta la muerte...  
*Hermoso cielo de mi hermosa patria,*  
¿no tornaré yo á verte ?

Adios, amigo: si dichoso un dia  
á mi adorada ves... Elpino, dila  
que el infeliz Fileno  
la amará hasta morir... Dila cual gimo  
lejos de su beldad, y cuantas veces  
regó mi llanto sus memorias tristes.  
Cuéntala de mi frente ya marchita  
la palidez mortal...

Adios, Elpino;  
adios, y sé feliz: vuela á la patria,

y cuando tu familia y tus amigos  
caricias te prodiguen, no perturbe  
tu cumplida ventura  
del mísero Fileno la memoria;  
mas luego no me olvides, y piadoso  
cuando recuerdes la tristeza mia,  
un suspiro de amor de allá me envia.

1819.



#### LA PRENDA DE FIDELIDAD.

DULCE memoria de la prenda mia,  
tan grata un tiempo como triste ahora,  
dorado pelo que me dió mi Lesbia,  
ven á mi labio.

Ven, y él enjuge los ardientes lloros  
con que doliente te bañó mi amada  
cuando te daba á su Fileno amante  
que se partía.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,  
decidme siempre que mi Lesbia me ama;  
decid que nunca olvidará á Fileno  
pérflida y falsa.

¡Oh! cuanto el alma de dolor sintiera,  
cuanto mi pecho la affliction rasgara,  
cuando la hermosa con llorosos ojos  
vióme, y me dijo:

“Siempre, Fileno, de mi amor te acuerda..!  
Toma este rizo que mi frente adorna:  
toma esta prenda de constancia eterna...”

Nunca me olvides.”

Adonde quiera que la suerte cruda  
me arrastre, ¡oh pelo! seguirasme siempre,  
y de mi Lesbia la adorada imagen  
pon á mis ojos.

Tú me recuerda los felices días  
que gozé un tiempo, y que pasaron ráudos,  
cual débil humo de Aquilon al soplo  
tórnase nada.

¡Oh! ¡cuantas veces su cabello rubio,  
al dulce soplo de la fresca brisa,  
veloz ondeaba, y en desorden  
cubrió mi frente!

La luna amiga con su faz plateada  
mil y mil veces presencio mi dicha...  
Memoria triste de mi bien pasado,  
no me atormentes.

1819.



## LOS RECELOS.

Los tibios no temen:  
¡Infelices ellos...!

*Melendez.*

¿Porque, adorada mia,  
mudanza tan cruel? ¿Porque afanosa  
evitas encontrarme, y si te encuentro,  
fijas en tierra iánguidos los ojos,  
de triste amarillez la faz cubierta ?  
Ay! ¿do volaron los felices dias  
en que con faz risueña y amorosa  
mis amores oías,  
y tus ardientes ojos me buscaban,  
y de amor y placer me enagenaban?  
¡Cuantas veces en medio de las fiestas,  
de una fogosa juventud cercada,  
me aseguró de tu cariño tierno  
una veloz simpática mirada!  
Mas cuanto entonces de placer sintiera,  
hoy siento de dolor... Amada mia,  
¿temes acaso dividir tus penas  
con tu amante infeliz? ¿Por que me ocultas  
el dardo emponzoñado que desgarra  
tu puro corazon...? Mira que llenas  
mi existencia de horror y de amargura.  
Ay! dime, dime el bárbaro secreto  
que causa tu afliccion... Mi incertidumbre  
disipa de una vez...

Mas, ¿aun persistes  
en tu fatal silencio..? Ya comprendo  
la causa abominable  
de tu vaga inquietud: ya no me amas,

ya te cansa mi amor... Por eso me huyes,  
ó á tu pesar escuchas mis palabras  
con tibio corazon y faz esquiva,  
y los remordimientos vengadores  
son los que agitan tu perjuro pecho...

Mas, no; perdona, amada: ¿yo insultarte?  
¿Yo dudar de tu fé..? Nunca..! Mas, oye:  
por tu beldad, por nuestro amor te ruego  
que calmes mi inquietud. Yo, yo te hé visto,  
la pura frente de dolor nublada,  
alzar los ojos á implorar al cielo.

Yo recogí las lágrimas, que en vano  
me quisiste ocultar; cogí tu mano,  
la llevé al corazon lleno de vida,  
que por tu amor palpita, y azorada  
me apartaste de ti con crudo ceño:  
volvi á coger tu mano apetecida,  
sollozando á mi ardor la abandonaste,  
y mientras yo ferviente la besaba,  
bajo mis labios áridos temblaba.

¿Tu tímida virtud te finge acaso  
un crimen mi amor? Hermosa mia,  
disipa esa ilusion que te atormenta,  
Amor es la virtud: un pecho helada,  
al dulce fuego del sentir cerrado,  
nunca sabrá preciar los ricos dones  
de la hermosa virtud, á la manera  
del inmóvil peñasco, á quien en vano  
riegue á torrentes la afanosa lluvia,  
sin que fecunde su fatal dureza.

¿Y esta es no mas de tu dolor la causa?  
Yo bendigo al amor..! ¿Con que gemías  
por que obligada a odiarme te creías?

Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas  
que yo marchite con aliento impuro  
tu frescor virginal: yo te idolatro...  
tú eres mi encanto, mi deidad, mi todo.  
¡Único amor de mi sencillo pecho!  
Yo bajara al sepulcro silencioso  
por hacerte feliz... ¿Como pudiera  
tu desdicha labrar..? Ven á mis brazos,  
y abandónate á mi; ven, y no temas.  
La enamorada tórtola tan solo  
sabe á aqueste lugar, lugar sagrado  
ya de hoy mas para mí... ¿Su canto escuchas  
que en dulce y melancólica ternura  
baña mi corazon enamorado?  
Déjame descansar sobre tu seno  
de la ansiosa inquietud que me causara  
tu obstinado silencio... Hermosa, ¡ay! torna..!  
Inclinando tu faz sobre la mia,  
con tus labios dulcísimos y puros,  
vuelve, imprime en mi frente atormentada  
el beso del amor... Yo te bendigo,  
mi ángel consolador..! No me abandones,  
ó espirar me verás... Idolo mio,  
tu beso abrasador me turba el alma.  
Toca mi corazon, cual late ansioso  
por volar hacia ti... Deja, adorada,  
que yo te aprieto en mis amantes brazos  
sobre este corazon que te idolatra.  
¿Le sientes palpitá? ¿Ves cual se agita  
abrasado en tu amor? ¡Pluguiera al cielo  
que á ti estrechado en sempiterno abrazo  
pudiese yo espirar..! ¡Gozo inefable!  
Aura de fuego y de placer respiro;  
agitado y confuso me estremezco:

este beso recibe... ¡ay! yo fallezco...  
recibe, amada, mi postrer suspiro.



### A D. DOMINGO DELMONTE,

DESDE EL CAMPO.

En aqueste pacífico retiro,  
del mundanal tumulto separado,  
gime doliente tu sensible amigo.  
Tú sabes mis tormentos; tú conoces  
mi funesta pasion, fuente inecsausta  
de mi llanto y dolor; tú has conocido  
á la que con traicion... ¡Oh! si del alma  
lejos su imágen alanzar pudiese,  
¡cuál fuera yo feliz! y ¡que tranquilo  
de mis amigos en el dulce seno  
gozara paz y plácida ventura,  
de toda angustia y pesadumbre ageno!

Mas ¡ay! que antes su curso arrebatado,  
y el ímpetu que al mar le precipita  
recejará asombrado el Orinoco,  
que yo olvide á mi amor. Hora la tierra  
en belleza rebosa y lozanía.

Por detras de los montes enriscados  
el almo sol en el sereno cielo  
de azul, púrpura y oro arrebolado,  
se alza con magestad: brilla su frente,  
y la montaña, el bosque, el caserío

relucen á la vez... Salud, oh padre  
del ser y del amor y de la vida!  
¿Quien al mirar á tí no siente su alma  
llena de inspiración..? Salud! Tu carro  
lanza veloz en la celeste esfera,  
y vida, y fuerza, y juventud lozana  
vierta en el mundo tu eternal carrera.  
Vuela, y muestra glorioso al universo  
el almo Dios que en tu esplendor velado,  
sin principio ni fin... ¿Por que mi frente  
dóblase müstia, y en mi rostro corre  
esta lágrima ardiente? ¿Quien há helado  
el entusiasmo espléndido y sublime,  
que á admirar y gozar me arrebataba?  
¡Lesbia! ¡mi único amor! ¿por que conmigo  
de esta escena magnífica no gozas?  
Desde el momento en que tu rostro vide,  
desde el momento en que mi amor pagaste,  
gozé tan solo cuando tú gozabas,  
y no gozas conmigo, y ya no gozo.  
¿Que me importa ¡infeliz! el universo,  
si me olvida la infiel? Allá en la noche  
veré á la tierra en esplendor bañada  
al vislumbrar de la apacible luna,  
y no seré feliz: no embebecida  
el alma sentiré, como otro tiempo,  
en mil cavilaciones deliciosas  
de ventura y de amor: ora afigido  
solamente diré: "No mi adorada  
en tal contemplacion embelesada  
dirigirá hacia mí sus pensamientos."  
Hora de aquestas cañas á la sombra  
recuerdo triste mi placer pasado,  
no sé que es de mí: mi débil mano

armase luego de acerada punta,  
el tronco hiende de la lisa caña,  
y *Lesbia* graba allí, y ante mis ojos  
ver imagino su adorada imagen,  
y me siento morir. Miro su nombre,  
gimo insensato, y mis ardientes besos  
le cubren... ¡Oh dolor! ¿Porque ¡oh amigos!  
consuelo no me dais? Donde se oculta  
el pérvido que un tiempo fué mi amigo,  
y con negra traición mi amor pagara?  
Su mano ¡ay Dios! la mano que afectuosa  
mil y mil veces apretó la mia,  
hundió el puñal en mi confiado pecho  
con torpe engaño y con calumnia impía,  
Sin él, yo era feliz. Su mano infame  
la copa del dolor emponzoñada  
derramá en mi existir. Yo le perdono...  
yo no sé aborrecer... ¿Porque mi pecho  
ama y ama sin fin, y solo ingratos  
há encontrado hasta aqui...?

#### Fatal objeto

de mis primeros y únicos amores,  
¡ay! tú rompiste el delicioso velo  
que en ilusión dichosa me ocultaba  
el crimen, que en el mundo mancillado  
tiene insolente su exécrable trono,  
y la vida y los hombres á mis ojos  
presentaste cual son. Ya en vano busco  
la fiel confianza, la inocencia pura,  
la amistad y el amor... Vanos fantasmas,  
que necio idolatré...! Solo traiciones,  
interés y perfidia solo encuentro  
en derredor de mi... Tú, cruel, me diste  
el ejemplo mas duro del engaño

y la torpe traicion: tú en falso acento  
mi pasion halagaste... ¿Do volaron  
tanto y tanto placer? ¿Como pudiste  
asi olvidarte de tu amor primero?  
¡Si asi olvidase yo...! Mas ¡ay! que el alma  
que amante te adoró, falsa te adora.  
No vengativo anhelaré que el cielo  
te suma entre dolor: sé tan dichosa  
cual yo soy infeliz: mas no mi oido  
hiera jamas el nombre aborrecido  
de mi rival: jamas el eco dulce  
de tu divina voz, que un tiempo al pecho  
mas grato fuera que al marchito prado  
el sonante correr del fresco arroyo,  
torne á rasgar la ensangrentada herida  
de aqueste corazon: no á mirar torne  
tu celeste ademan, y aquellos ojos,  
y aquellos labios dó letal ponzoña  
ciego bebí... Jamas! Tú allá en secreto  
un suspiro á lo menos me consagra,  
un recuerdo no mas...

¡Oh amigos mios!  
Vosotros ¡ay! vosotros por ventura  
tambien me olvidareis... tambien perjuros...  
¡Antes perezca yo! Baje á la tumba,  
si nadie me há de amar...! Desamorado,  
sin padre, sin amigos cariñosos,  
¿quien será mas que yo desventurado?

*Julio de 1821.*



## EL DESAMOR.

Salud, noche apacible: astro sereno,  
bella luna, salud: ya con vosotras  
mi triste corazon de penas lleno  
viene á buscar la paz. Del sol ardiente  
me oprime el resplandor y me devora;  
su luz abrasadora  
marchita mas y mas mi m\xfustia frente.  
Solo tu luz ;oh luna! pura y bella,  
y modesta cual t\xfa, reanimar sabe  
mi corazon llagado,  
cual fresca lluvia al aterido prado.  
Hora serena en la mitad del cielo  
ries á nuestros campos agostados,  
y bañas su verdura  
con suave luz y plácida frescura.  
Calla toda la tierra embebecida  
en contemplar tu marcha silenciosa  
resuena solo la cancion melosa  
del tierno ruiseñor, ó el importuno  
grito de la cigarra: entre las flores  
el zéfiro reposa adormecido.  
El pomposo naranjo, el mango erguido,  
agrupados allá, mi pecho llenan  
con el sublime horror que en torno vaga  
de sus copas inmóviles: unidos  
forman bajo ellos cavidad sombría,  
do de la luna tímida los rayos  
no penetran jamas. Morada fria  
de grato horror y oscuridad sombría,  
á ti me acojo, y en tu amigo seno  
mi tierno corazon sentiré lleno  
de agradable y feliz melancolía.

Calma serenidad, que enseñoreas  
al universo, di, ¿porque en mi pecho  
no reinas ¡ay! tambien? ¿Porque agitado,  
y en fuego el rostro pálido abrasado,  
yo solo, en tanta paz, gimo y suspiro?  
Esta llama volcánica y furiosa  
que arde en mi corazon, cual me atormenta  
con su estéril ardor...! ¿Nunca una hermosa  
será por fin su delicioso objeto?  
¡Cuan feliz seré entonces! Encendido  
la amaré, y me amará, y amor, y dicha...  
Engañosa esperanza! ¡Ay! Desquerido  
gimo triste, anhelante,  
y abrasado en amor no tengo amante.

No la tendré jamas...? Oh! si yo hallara  
una beldad sensible que me amara  
como la amara yo! ¡Como las horas  
de mi tranquila vida hermosëando,  
me hiciera ella feliz! ¡Como en sus ojos  
y en su dulce sonrisa yo leería  
mi ventura inmortal! ¡Cuando la lluvia  
vertiéndose á torrentes en mi techo  
lo hiciera estremecer, cuando los rayos  
retumbasen do quier, ¡con que delirio  
yo la estrechara á mi agitado pecho,  
entre la conmocion de la natura,  
y con ella ecsaltado dividiera  
mi inefable placer y mi locura!  
O en una noche plácida y serena,  
á la callada luna contemplando,  
en su divino hablar me embebeciera,  
y en su seno mi frente reclinando,  
palpitare dulcemente le sintiera;

y envuelto en languidez abrasadora  
un beso y otro y mil la diera ardiente,  
y en mi feliz delirio la abrazara,  
mientras la luna en esplendor bañara  
con un rayo de luz su tersa frente..!

¡Oh sueño engañador y delicioso!  
¿Por que mi acalorada fantasía  
vienes ¡ay! á halagar? La mano impía  
de la suerte cruel negó á, mi pecho  
la esperanza del bien: solo amargura  
me guarda por do quiera el mundo ingrato,  
y el cáliz del dolor mi labio apura.

1822.



#### AUSENCIA Y RECUERDOS.

¡Que tristeza insufrible, que vacío  
siente mi corazon! En vano, en vano  
la fresca márgen del callado rio  
re corro ardiente, que la bella Lola  
al campo se partió. Mi dulce amiga,  
¿porque me dejas? ¡Ay! con tu partida  
en triste soledad mi alma perdida,  
solo gemir sabrá. La antigua llaga  
abrirase otra vez entre mi pecho,  
y del dolor la enfurecida mano  
la volverá á rasgar. Querida amiga,  
tú mi dolor y mi tormento insano

supiste consolar: la dulce magia  
de tu divino hablar, de tu sonrisa,  
á mi pecho llagado, aridecido,  
fué bálsamo feliz. La hermosa fuente  
del sentimiento en mi sentí reabrirse,  
y en dulce llanto se mojó mi pecho.  
El cielo á mi penar compadecido,  
de mi dolor la fiel consoladora  
en ti me deparó: la vez primera,  
(¿te acuerdas, Lola?) que los dos paseamos  
á la luz melancólica y sublime  
de la callada luna, en la ribera  
del apacible y sosegado río,  
me sentí renacer: el pecho mío  
desgarraban entonces los dolores.  
Una hermosura infiel que fuera un día  
mi encanto y mi placer y mis amores,  
que pagara mi afecto, al fin vendióme  
con horrenda traición: yo enfurecido  
juré entonces no amar, y delirante  
vine á ocultar aquí mi cruda pena.  
Mi alma sensible, de amargura llena,  
gimió afligida hasta el dichoso instante  
en que vi tu beldad encantadora.  
Torvo, insociable, en mi fatal tristeza  
odiaba aun el vivir: desfigurose  
á mis lánguidos ojos la natura;  
mas vi tu hermosa faz por mi ventura,  
y ya del sol el esplendor sublime  
volvióme á parecer grandioso y bello:  
volví á admirar de los paternos campos  
el risueño verdor. Si, dulce amiga;  
si; los dolores que en tropel confuso  
mi atormentado pecho desgarraban,

se disiparon, como el humo leve,  
de tu sonrisa y tu mirar divino  
al dulce hechizo, al inefable encanto.  
¡Angel consolador! yo te bendigo  
con tierna gratitud: ¡cuan halagüeña  
mi afan calmaste! De las ansias mias,  
cuando serena y plácida me hablabas,  
la agitacion amarga serenabas,  
y en tu dulce mirar me embebacias.

¿Porque tan bellos dias  
feneieron? ¡Ay Dios! ¿Por que te partes?  
Ayer nos vió este rio en su ribera  
sentados á los dos, y embebidos  
en dulce platicar, tirando conchas  
á su corriente, entanto que la luna  
á mi placer purísimo reía,  
y con su grata luz leda bañaba  
tu rostro divinal. Hoy solitario,  
melancólico y místico errar me mira  
en el mismo lugar, tal vez buscando  
con tierna languidez tus breves huellas.  
Horas de dulce paz, horas mas bellas  
que las cavilaciones de un amante  
venturoso y sensible, ¿do volásteis?  
Lola, mi dulce Lola, amable amiga,  
¿porque lejos de mí vas á sumirte  
en triste soledad, y me abandonas?  
Tal vez ahora en vagos pensamientos  
recuerdas ¡ay! á tu sensible amigo.  
¡Alma pura y feliz! jamas olvides  
á un mortal desdichado que te adora,  
y cifra en ti su gloria y sus delicias.  
Aqueste afecto delicioso y dulce,

que me hace amarte y hacia tí me lleva,  
no es el furioso amor que en otro tiempo  
turbó mi corazon: este mas puro  
solo le inspira la amistad.

Do quiera  
me seguirá tu encantadora imagen,  
y el universo hermoseará á mis ojos.  
Allá en la noche, en la callada luna  
contemplaré la angelical modestia  
que en tu serena frente resplandece.  
Del sol ardiente en la radiosa lumbre  
veré la luz de tus celestes ojos:  
veré en la bella palma la elegancia  
de tu talle gentil: veré en la rosa  
el purpúreo color y la fragancia  
de la boca dulcísima y graciosa,  
do el beso del amor riendo posa:  
asi do quiera miraré a mi dueño,  
hasta las ilusiones de mi sueño  
hermoseará su imagen deliciosa.

*Mayo de 1822.*



#### A.... EN EL BAYLE.

FRAGMENTO.

Quien hay, muger divina,  
que al (ininteligible) poder de tus encantos  
(ininteligible) sistir? El alma mia

(ininteligible) mirar: entre la pompa  
(ininteligible) del estruendoso baile,  
(ininteligible) las bellas descollabas,  
(ininteligible) dísima y erguida  
(ininteligible) selva en la espesura.  
(ininteligible) rosados lábios la sonrisa  
(ininteligible) grata me es, que en el ardiente Julio  
de la sonante brisa el fresco vuelo,  
y tus ojos divinos resplandecen  
como el astro de Venus en el cielo.

Pero ágil y serena,  
al compas de la música sonante  
partes ¡ay Dios! y mi agitado pecho  
palpita mas y mas. Cual la azucena,  
que al soplo regalado  
del aura matinal mueve su frente,  
que coronó de perlas el rocío,  
asi de gracias y de gloria llena  
giras ufana, y la expresion escuchas  
de admiracion y amor, y los suspiros  
que vagan junto á ti; que ya electriza  
á todos y enamora  
tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,  
y tu actitud modesta, abrasadora.

Ay! Todos se conmueven:  
todas sus compañeras eclipsadas  
se agitan despechadas,  
y ni á mirarla pálidas se atreven.  
Ellos arden de amor, y ellas de envidia.

¿Y engaños y perfidia  
se abrigarán en el nevado seno  
que hora palpita blandamente, lleno

de vida y de candor..? Afortunado  
el mortal á quien ames encendida,  
á quien halagues grata y cariñosa  
con tu mirar sereno y blanda risa.

Ámame, hermosa jóven: ¡ay! quien supo  
nunca amar como yo..? Tus ojos bellos  
torna afable hácia mi, y hazme dichoso.  
En tus labios de rosa el dulce beso  
ansioso cogeré: luego en tu seno  
reclinará mi lánguida cabeza,  
y espiraré de amor...

Mas ¡ay! en vano  
te amaré enardecido:  
jamas, jamas de ti correspondido.  
siempre infeliz seré: mi hado tirano  
á amar sin esperanza me condena.  
El pecho se me oprieme... ay! abrasado  
me agito, y gimo triste,  
y me siento morir... Dios que me miras,  
ten compasion de mi inquietud amarga,  
y alivia ya la insopportable carga  
del corazon ardiente que me diste.

Tú eres mas bella que la blanca luna,  
cuando en las noches del ardiente estío,  
precedida de brisas y frescura  
en oriente aparece,  
y sube por el cielo, y silenciosa  
en medio de los astros resplandece.

Su indigno compañero  
la lleva entre sus brazos insensible,  
y tibio, inanimado,  
revuelve en derredor los vagos ojos,

y sus gracias no vé...

No mas profanes,  
insensible mortal, ese tesoro  
que no sabes preciar; deja á mis brazos  
que aprieten ¡ay! á mi encendido pecho  
ese ángel celestial...! Oh! si pudiera  
hacer que me adoraras cual te adoro,  
¡cual fuera yo feliz! ¡Como viviera  
del mundo en un rincon, desconocido,  
contigo y la virtud..!

Mas no, infelice:  
yo de dolor y angustias la llenara;  
yo en su alma candorosa derramara  
la agitacion amarga y dolorosa  
que turba y atormenta  
mi juventud ardiente y borrascosa.

No, muger adorada!  
Vive feliz sin mí... Yo generoso  
gemiré, y callaré: seré dichoso  
si eres dichosa tú... Benigno el cielo  
oiga mis votos férvidos y puros,  
y grato te conceda  
de la inocencia la apacible calma,  
la deliciosa paz, la paz del alma,  
que severo y terrible me há negado,  
cuando me há condenado  
á gemir y apurar sin esperanza  
el cáliz del dolor y la amargura,  
y á que nunca me halaguen  
sueños de amor y paz y de ventura.

*Diciembre de 1821.*



## A LA NOCHE.

Reina la noche, y en silencio grave  
vuelan los sueños por el aire vano,  
y llena en su orbe, tiñe el bosque y llano  
la blanca luna de color süave.  
Todo calla: yo aquí, do á nadie miro,  
en esta peña alzado,  
me veo señor del mundo abandonado.

¡Oh! ¡Cuanto es grata esta quietud augusta  
de la naturaleza á la tierna alma  
que oye su voz, y en apacible calma  
de esta mansion y su silencio gusta!  
Grato silencio, que interrumpe el rio  
entre guijas saltando,  
ó el viento entre las ramas murmurando.

Y de la noche con el fresco ambiente  
gira en sordo volar grato reposo,  
que vela fiel bajo este cielo umbroso,  
y se esconde del sol resplandeciente.  
Yo lo disfruto embebido, en tanto  
que en llano y montes yace  
el bello horror que entristeciendo place.

¡Como en el alma estática se imprime  
el deleitoso y triste pensamiento!  
¡Como este cuadro que contemplo atento  
es á par melancólico y sublime!  
Ciento es que de la música no se oyen  
los ecos poderosos,  
como en medio á los bailes bulliciosos.

Allí en grandes salones, por do quiera  
vuelve el cristal la acción y los semblantes,

y entre el oro y las piedras centellantes  
la belleza gentil danza ligera,  
y con sus gracias y afectado hechizo  
de mil adoradores  
la admiracion excita y los loores.

Admirable es aqu esto, y yo ya un dia,  
de la simple niñez saliendo apenas,  
del baile en los misterios y en las cenas  
de mi amor al objeto perseg u a;  
y aprendí entre su estruendo la ventura  
que á una alma apasionada  
pueden dar un suspiro, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,  
y á, languidez y enfermedad ligado,  
muy mas me agrada que el salon dorado  
este llano en la noche oscurecido:  
y prefiero al estruendo de las danzas,  
el meditar tranquilo  
bajo este cielo, en mi apacible asilo,

Ah! bríllenme por siempre las estrellas  
en un cielo tan puro como ahora,  
y á la alta mano de mi ser autora  
puédame yo elevar, mirando á ellas:  
A ti, Dios de los cielos, en la noche  
alzo en mi humilde canto  
la voz de mi dolor y mi quebranto.

Yo tambien te saludo, amiga luna:  
siempre tierno te amé, reyna cielo;  
siempre hiciste mi hechizo ó mi consuelo  
en la adversa y la próspera fortuna.  
Tú sabes cuantas veces anelando

gozar tu compañía,  
maldije el brillo del ardiente dia.

¡Cuantas veces sentado á las orillas  
del mar que en su cristal te retrataba,  
en meditar dulcísimo pasaba  
las leves horas en que leda brillas;  
y entre vagos recuerdos de mi gloria  
miré á tu faz serena,  
y en llanto desahogué mi amarga pena!

Pero ¡ay! la enfermedad que cruel me agita  
me hace mirar mi destrucción cercana,  
y cual tú al resplandor de la mañana,  
palidece mi rostro y se marchita.  
Cuando caiga, visita con un rayo  
de esa luz calma y pura  
de tu amigo la humilde sepultura.

Mas, ¿que canto suavísimo resuena  
del inmediato bosque en la espesura?  
Es tu voz, ruiseñor, que de dulzura  
siempre en la soledad mi pecho llena.  
Siempre te amé, por que te diera el cielo  
genio triste, y sombrío,  
tierno y agreste, como el genio mio.

Perezca el que á tu bosque te arrebata,  
y por que gimas gusta de oprimirte:  
Ay! ¿porque como yo no viene á oirte  
del bosque espeso entre la sombra grata?  
Salta libre y feliz de ramo en ramo  
en torno de tu nido,  
que á nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo  
produjo antes que al sol, y al sol postrero  
has de sobrevivir, cuando severo  
el brazo del Señor trastorne el mundo;  
óyeme: tu serás mientras me dure  
este soplo de vida,  
celebrada de mí, de mí querida.

En aquel primer tiempo sepultada  
en el caos immenso en que yacías,  
inspirada tal vez, ya conocías  
à tu beldad la gloria destinada;  
y ociosa y triste, en el oscuro velo  
la frente rebozabas,  
y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del criador, del Océano  
reyna saliste, el cetro levantando,  
de estrellas coronada, y desplegando  
el manto rico por el éter vano;  
y deleitando al silencioso mundo,  
en tu frente se viera  
de la alma luna la argentada esfera.

¡Cantas altas verdades hé aprendido  
en tu solemne horror, sublime diosa!  
En el silencio de la selva umbrosa  
icuantas inspiraciones te he debido!  
En tí miro al criador, y arrebatado  
de fervoroso anelo,  
cojo mi lira, y me levanto al cielo.

Salve, gran diosa, salve: entre tu seno  
déjame consolar y recrearme:  
ven con tu grato bálsamo á aliviarme

el triste pecho de dolores lleno.  
Noche, de los poetas y almas tiernas  
dulce y piadosa amiga,  
¡ay! aduerme en tu calma mi fatiga.



### EN EL DIA DE MI CUMPLEAÑOS.

Gustavi... paululum mellis, et ecce morior.

*Reg. I. c. 14. v. 43.*

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados  
ya diez y nueve abriles desde el dia  
que me viera nacer, y en pos volaron  
las risas, la inocencia y los solaces  
de mi edad infantil, y las primicias,  
los goces y tormentos  
de un amor infeliz...

¡Cuan venturoso  
hubiera sido yo si no probara  
la emponzoñada copa  
del deleite fatal..! Con mi inocencia  
tranquilo, satisfecho y sin deseos,  
en juventud risueña yo vivía,  
hasta el momento en que los labios mios  
trémulos ¡ay! probaron  
el beso del amor... ¡beso de muerte!  
orígen de mi mal y llanto eterno!  
Mi corazon entonces inflamaron  
del amor los furores y delicias,  
y el terrible huracan de las pasiones

mudó en infierno mi inocente pecho,  
antes morada de la paz y el gozo.  
Aqui empezó la bárbara cadena  
de zozobra, inquietudes, amarguras,  
y dolor inmortal, á que la suerte  
me ató despues con inclemente mano.  
Cinco años ha que entre tormentos vivo,  
cinco años ha que por do quier la arrastro,  
sin que me haya lucido un solo dia  
de ventura y de paz: breves instantes  
que gozé de placer, no han compensado  
el tedio y la amargura en que rebosa  
mi triste corazon, á la manera  
que la luz pasagera  
del relámpago ráudo, no disipa  
el horror de la noche tempestosa.

Sí, la mano fatal de la desgracia  
se asentó sobre mi. Tambien un dia  
gozoso respiré: mi tersa frente  
donde la dulce paz de mi alma pura  
con su hermoso candor lucir se via,  
y á mis amigos con placer reia,  
arrugó del dolor la áspera mano.  
El destino inhumano  
mi rostro amarilló, que antes brillaba  
con la dulce expresion que amor inspira  
al rostro juvenil... ¡Cuan venturoso  
fuí yo entonces ¡oh Dios! ¡Como encantaba  
un amor infeliz mi tierno pecho!  
¿Por que volaron las fugaces horas  
de mi gloria y placer..? Cruel, inflexible  
la suerte me arrancó de mi adorada.  
¡Despedida fatal! ¡oh postrer beso!

¡oh beso del amor..! Su faz hermosa  
miré por el dolor desfigurada.

Díjome *adios*: sus ayes  
sonaron por el viento,  
y ¡adios! la dije en furibundo acento.

Partí, y en Anahuac la suerte impía  
me otros golpes mas crueles.

Mi padre ¡oh Dios! mi padre, el mas virtuoso  
de los mortales... ¡ay! la tumba helada  
en flor le devoró. ¡Triste recuerdo!

Yo vi, yo vi su frente enseñoreada  
por la muerte fatal... ¡Oh! cuan furioso  
maldije entonces mi existir! Oh! nunca  
el triste fin de las personas que amo  
me vuelva á atormentar...! Antes el llanto  
de mi triste familia y mis amigos  
el polvo riegue de mi tumba yerta..!

Desesperado y delirante entonces  
quise apartarme del funesto clima  
donde dolor y muerte  
miraba por do quier: de mi adorada  
en el seno amoroso hallar creia  
consuelo á mi dolor. Enfurecido  
corrí del Anahuac por las llanuras,  
y el Oceano salvé: tras él pensaba  
haber dejado el dardo venenosos  
que mi afligido pecho desgarraba.  
Mas de mi patria saludé las costas,  
y su arena pisé, y en aquel punto  
le sentí mas furioso y ensañado  
entre mi corazon... Busqué consuelos,  
y hallé traiciones, y falaz perfidia,  
naldad y dolor...

Desesperado,

de mi cruel desengaño en los furores  
la muerte ansiaba, y detesté la vida:  
¿que es ¡ay! la vida, sin virtud ni amores?  
Solo, insociable, lúgubre y sombrío  
como el pájaro triste de la noche,  
vagaba por do quier. Seis y seis lunas  
errar me vieran sin consuelo: al cabo,  
cansado del dolor, ya yo gozaba  
melancólica paz: dulce esperanza  
á mis ojos lució: nuevos amores,  
nueva inquietud y ardor sintió mi pecho.  
Otra perjura me halagó engañosa,  
y otra perfidia... ¡Oh Dios! ¿Querrá la suerte  
que mi pecho sencillo y candoroso  
eternamente sea  
víctima triste de doblez y engaño?

¡Mísero yo! ¿Por siempre vivir debo  
ardiendo en mil deseos insensatos,  
ó en tedio insopportable sumergido?  
Un lustro há que encendido  
busco por donde quiera  
paz y felicidad, y siempre en vano.  
Ni en el augusto horror del bosque umbrío,  
ni entre las fiestas y pomposos bailes  
que á loca juventud llenan de gozo,  
ni en el silencio de la calma noche  
á la alba luz de la apacible luna,  
ni entre el mugir tremendo y estruendoso  
las ondas del mar hallarlas pude.  
En las fértiles vegas de mi patria  
ansioso me espacié: salvé el Océano,  
trepé á los montes que de fuego llenos  
de una nieve eternal están cargados,  
vi tronar á mis pies las tempestades,

vi el Orizaba altísimo que esconde  
entre las nubes la soberbia frente,  
sin sentir lleno nunca esto vacio  
que hay en mi corazon.. Amor tan solo  
me lo puede llenar... El solo puede  
curar las males que causara impío.  
El sol terrible de mi ardiente patria  
vertió en mi alma agitada y borrascosa  
su fuego abrasador: así por siempre  
me agito y me consumo  
en inquietud amarga y dolorosa.  
En vano ardiendo, con aguda espuela  
al generoso y volador caballo  
por llanuras anchísimas lanzaba,  
y su estension inmensa devoraba  
por salir de mí mismo, y libertarme  
del dardo emponzoñado que desgarra  
mi triste corazon: tan solo al lado  
de una muger amada y que me amase  
pude encontrar de paz algunas horas.  
Oh Lola, Lola, deliciosa amiga,  
mi sensible amistad y mi cariño  
nunca te olvidarán: tu amable trato,  
y tu hechicera y plácida sonrisa,  
y la beldad de tu alma candorosa,  
me dejarán recuerdos dulces, puros,  
inocentes cual tú, mientras yo exîsta.  
Tu tierna voz sonando en mis oidos  
mil veces disipó mis crudas penas.  
Ah! vive y goza, idolatrada amiga,  
y sé de nuestro suelo venturoso  
la gloria, el ornamento y las delicias.  
Pero á mi ¿que me resta, desdichado.  
sino solo morir? La tumba fria  
es el único puerto asegurado

contra el furor de las pasiones locas  
de la negra maldad y el torpe vicio.  
En el sepulcro de silencio eterno  
y soledad cercado,  
descansa el hombre al fin: solo el malvado  
teme á la eternidad.

Do quier que miro  
el fortunado amor de dos amantes,  
sus dulces burlas é inocentes risas,  
triste suspiro, y en rabiosa envidia  
arde mi corazon... En otro tiempo  
anhelaba alcanzar infatigable  
de la augusta Minerva la corona.

Ya no larecio: *amor, amor* tan solo  
anhelo sin cesar, y acongojado  
mi corazon se opriime... ¡Cruel estado  
de un corazon ardiente sin amores!  
Ya ni mi lira fiel, que en otros dias  
mitigaba el rigor de mis dolores,  
me basta á consolar. En otro tiempo  
yo con ágiles dedos la pulsaba,  
y dulzura y placer en mi sentía,  
y duliura y placer ella sonaba.

¡Infelice de mi..! Dulces amigos,  
venid, y ved las penas que me afligen:  
vuestra tierna amistad puede aliviarlas.  
Ah! si, venid, y con amantes lazos  
á mi estrechados en cariño eterno,  
templaré mi dolor en vuestros brazos.

*Diciembre de 1822.*



## LA ESTACION DE LOS NORTES.

Pasó volando del ardiente estío  
el fuego abrasador: del yerto polo  
del Septentrion los vientos sacudidos,  
envueltos corren entre niebla oscura,  
y á Cuba libran de la fiebre impura.

Brama agitado el mar, y se revuelve,  
y en golpe azotador hiere las playas:  
baña sus alas Zéfiro en frescura,  
y en vaporoso transparente velo  
se envuelve el sol y el rutilante cielo.

Salud, felices dias! Ya á la muerte  
la ara sangrienta derribais que Mayo  
entre flores la alzó: la acompañaba  
con amarilla faz la fiebre impía,  
y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veian con adusta frente  
de las templadas zonas á los hijos  
bajo este cielo ardiente y abrasado:  
con sus pálidos cetros los tocaban,  
y á la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento,  
purificando el aire emponzoñado,  
tiende sus alas húmedas y frias,  
por nuestros campos resonando vuelta,  
y del ardor de Agosto los consuela.

Hora en los climas de la triste Europa  
del aquilon el soplo enfurecido  
su vida y su verdor quita á los campos,

cubre de nieve la desnuda tierra,  
y al hombre helado en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero  
todo es vida y placer: el sol sonríe  
mas templado entre nubes transparentes,  
dá nuevo brillo al bosque y la pradera,  
y los anima en doble primavera.

Patria adorada! tú, favorecida  
con el mirar mas grato y la sonrisa  
de la divinidad! No de tus campos  
me torne á arrebatar el hado fiero.  
Lúzcame ¡ay! en tu ciclo el sol postrero.

¡Oh! con cuanto placer, hermosa mía,  
sobre el modesto techo que nos cubre  
caer oímos la tranquila lluvia,  
y escuchamos del viento los silvidos,  
y del distante Océano los bramidos!

Hinche mi copa con dorado vino  
que los cuidados y el dolor ahuyenta:  
él, adorada, á, mi sedienta boca  
muy mas grato será de ti probado.  
y á tus labios dulcísimos tocado.

Junto á ti reclinado en muelle asiento,  
en tus rodillas pulsaré mi lira,  
y cantaré feliz mi amor, mi patria,  
de tu rostro y de tu alma la hermosura,  
y tu amor inefable y mi ventura.

*Octubre de 1822.*



## LA RESOLUCION.

¿Nunca, nunca de paz y de consuelo  
gozaré algunas horas? ¡Oh terrible  
necesidad de amar! ¡como atormentas  
mi espíritu infeliz...!

Del Océano

las arenosas y desnudas playas  
devoradas del sol de mediodía,  
son la imágen terrible y verdadera  
de mi agitado corazon: en vano  
el padre de la luz á ellas envía  
su vivífico ardor, que grato cubre  
de sombra y flores el tendido otero.  
Así el amor, del mundo la delicia,  
es mi inquietud y mi tormento fiero.  
¿De que me sirve amar sin ser amado?  
Angel consolador, á cuyo lado  
breves instantes olvidé mis penas,  
me es fuerza huir de ti... Tú misma diste  
la causa... aun me estremezco... ¿No te acuerdas  
de la tarde de ayer..? Alma inocente,  
tú curar intentabas las heridas  
que yo desgarro en mi furor demente.  
La furia del amor entró en mi seno,  
y el dulzor amargó de tus palabras,  
y el bálsamo feliz tornó en veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro  
y voz capaz de conmover las peñas,  
la causa de mi mal saber querías,  
y la amargura de las penas mias  
templar con tu amistad... ¡Como mi pecho  
palpitaba escuchándote...! Encendido,  
de un porvenir de paz y de ventura

á la dulce ilusion me abandonaba,  
y de mi amor el mísero secreto  
sobre mis labios trémulos erraba.  
Alzé al oirte la abatida frente,  
y te miré con ojos do brillaba  
la mas viva pasion... ¿No me entendiste..?  
¿No eran bastantes ¡ay! para esplicarla  
mi turbacion, de mi marchita frente  
la palidez mortal..? Muger ingrata,  
tú en mi delirio cruel te complacías..!  
*Ay! nunca salga de mi ansioso pecho*  
la fatal confeson: si no me amas,  
moriré de dolor, y si me amases...  
Amarme tú..! yo tiemblo... Alma divina.  
¿tú amar á este infeliz que solo puede  
ofrecerte su llanto, y la tibiaza  
de un desecado corazon? ¿Tú, bella  
mas que la luna si en el mar se mira,  
unirte á la miseria, á los pesares  
de este triste mortal..? Jamas... Huyamos  
de su presencia, donde no me angustie  
su injuriosa piedad... Adios! Yo quiero  
ser inocente, y no perderte... Amiga,  
amiga deliciosa, nunca olvides  
al mísero Fileno, que á tu dicha  
sacrifica su amor: él en secreto  
te adorará, se gozará al mirarte  
tan feliz como hermosa,  
mas nunca ¡ay Dios! te llamara esposa.

*Agosto de 1823.*



**A UNA SEÑORITA QUE SACO COPIA DE UNA DE MIS POESIAS  
PARA REGALARMELA.**

Ay! ¿es verdad? La delicada mano  
que al dulce beso del amor convida,  
y en sed enciende el anelante labio,  
mis versos escribió? ¿Y este consuelo  
al insano pesar que me devora,  
y el cáliz del dolor vierte en mi vida,  
guardaba al fin el apiadado cielo?  
¡Encantadora Rita! mas ufano  
con favor tan precioso  
que con su alto poder el ambicioso,  
yo te bendeciré: con noble orgullo  
de mis humildes versos satisfecho,  
por nada en este instante trocaría  
mi simple lira, y mi sensible pecho.

Tal vez mientras su mano apresurada  
mis venturosos versos escribía,  
allá en su alma agitada  
mi destino infeliz compadecía,  
y al contemplar de mi alma la amargura,  
movido de dulcísima ternura  
palpitó su albo seno,  
y un suspiro piadoso,  
y una preciosa lágrima en sus ojos  
á mí se consagró... Gratos delirios,  
¡ay! no me abandoneis: goze en idea  
lo que la dura suerte me há vedado  
gozar en realidad... Si, si; gozoso  
con la mitad de mi exâistencia triste  
comprar quisiera el venturoso instante

en que de la ternura el sentimiento  
me halagase en tu cándido semblante.

¿Y condenado á agitacion eterna  
siempre habré de vivir? ¿Nunca mis ojos  
en otros ojos hallarán ardiendo  
la llama del amor? ¿Hasta la muerte  
gemiré de mis bárbaros pesares  
y tedio insopportable combatido?  
¿No habrá una alma clemente  
que simpatize en su cariño ardiente  
con este Heredia triste y desquerido?

Papel precioso, entre las prendas mias  
ocupa tu lugar: mil y mil veces  
mis labios encendidos  
sobre ti buscarán la dulce huella  
de la mano ligera y delicada  
que se dignó escribirte: si la suerte  
quiere oprimirme injusta y despiadada,  
tú mi alivio serás: al contemplarte,  
mil recuerdos de gloria en mí excitados  
templarán mi dolor, llenando mi alma  
de un inocente y celestial consuelo:  
cuando la muerte con funesto vuelo  
sus alas tienda de mi frente en torno,  
recibirás sobre mi yerta boca  
mi último beso y mi postrer suspiro.

*Octubre de 1823.*



## LA LÁGRIMA DE PIEDAD.

¡Como exalta y diviniza  
el rostro de la hermosura  
la expresion celeste y pura  
de la sensibilidad!

¡Cuan estatico, mi amiga,  
tu semblante contemplaba,  
cuando en tus ojos temblaba  
la lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible  
que occidente nos envía  
cuando el moribundo dia  
se pierde en la eternidad.  
Del crepúsculo es la hora  
grata al alma pensativa,  
pero muy mas la cautiva  
la lágrima de piedad.

Ved á la virgen amable  
cuanto mas bella se ostenta  
si al pobre anciano alimenta  
con modesta caridad.  
Y Io niega avergonzada..!  
¿Es un ángel, ó una bella..?  
No sé... En sus ojos centella  
la lágrima de piedad.

El delicioso rocío  
que en las noches vierte el cielo,  
llanto es, y al árido suelo  
torna frescura y beldad.  
Cuajado sobre las flores,  
¡como en la luz resplandece..!

Pero su brillo oscurece  
la lágrima de piedad.

Oh! ¡cuán horrible es la vida  
del que ama desesperado!  
¡Como de su objeto amado  
le atormenta la beldad!  
Una lágrima..! Bendigo  
todo el rigor de mi suerte..!  
¿Es el amor quien la vierte,  
ó es lágrima de piedad?

¡Oh mi bien! Ay..! No te ofendas  
si te digo que te adoro:  
nos divide, no lo ignoro,  
tirana desigualdad.  
Nada exijo... Pero al menos  
no quieras negar impía  
á la triste pasión mia  
lágrimas ¡ay! de piedad.



### AL SOL.

Yo te amo, Sol: tú sabes cuan gozoso,  
cuando en las puertas del oriente asomas,  
siempre te saludé: cuando tus rayos  
nos arrojas fogoso  
con gloria alzado en la mitad del cielo,  
del bosque hojoso entre la sombra grata  
me deleito al bañarme en la frescura

que los zéfiros vierten en su vuelo,  
y me abandono á mil cavilaciones  
de dulce y melancólica ternura  
cuando reclinas la radiosa frente  
en las trémulas nubes de Occidente.

Empero el opulento en sus delirios  
de vicios solo y de maldad ansioso,  
rara vez alza á ti su faz ingrata.  
Tras el festin nocturno crapuloso  
tu luz sus ojos lánguidos maltrata,  
y tu fuego le ofende,  
tu fuego hermoso que en tu amor me enciende.  
Oh! si el oro fatal cierra las almas  
á admirar y gozar, yo le desprecio.  
Codíciendo insensatos,  
gozen de su riqueza,  
y yo contigo mi feliz pobreza.

Oh! icuantas veces lejos de mi patria,  
del Anahuac sobre las yertas cumbres  
suspiré por tu ardor! Mi cuerpo débil  
de tu influjo benéfico privado,  
y á enfermedad ligado,  
ya se encorvaba hácia la tumba oscura.

En el invierno rígido, inclemente,  
me viste al contemplar tu tibio rayo  
tristo acordarme del fulgor de Mayo,  
y alzar á tí mi moribunda frente.

“Dadme,” esclamaba, “dadme un sol de fuego,  
y bajo él agua, sombras, y verdura,  
y me vereis feliz..!” Tú, Sol, tu solo  
mi vida conservaste: mis dolores  
cual humo al Aquilon desparecieron,  
cuando en los campos de mi hermosa patria

tus rayos bienhechores  
en mi pálida faz resplandecieron.

Mi pátria... ¡Oh Sol! Mi idolatrada Cuba  
¿á quien debe su gloria,  
á quien su eterna y virginal belleza?  
Solo á tu amor. Del Capricornio al Cáncer  
en giro eterno recorriendo el cielo,  
nunca de ella te alejas, y á tus ojos  
de cocoteros cúbreste y de palmas,  
y naranjos preciosos, cuya pompa  
nunca destroza el inclemente yelo.

Tus rayos en sus vegas  
desenvuelven los lirios y las rosas,  
maduran la mas dulce de las plantas,  
y del café las sales deliciosas.

Cuando en tu ardor vivífico la viertes  
larga fuente de vida y de ventura,  
¿no te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Pero á veces tambien en nuestras cimas  
ruge la tempestad. Entristecido  
velas tu pura faz, mientras las nubes  
sus negras olas por el aire ardiente  
revuelven con furor, y comprimido  
el rayo por brotar zumba impaciente,  
estalla, luce, hiere, y un diluvio  
de viento y agua y fuego se desata  
sobre la tierra trémula, y el caos  
amenaza tornar... Mas no, que lanzas  
¡oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe  
la confusión de nubes, y á la tierra  
llega á dar esperanza. Ella con ansia  
le recibe, sonríe, y rebramando

huye ante ti la tempestad. Mas puro  
centella tu ancho disco en occidente.  
Respira el mundo paz: el prado y bosque  
en prismas mil tu luz descomponiendo  
se ornan de nuevas galas,  
miéntras al cielo con la tierra uniendo  
desplega el iris sus brillantes alas.

¡Alma de la creacion! Cuando el Eterno  
del turbulento incomprendible cáos  
con su imperiosa voz sacó la tierra,  
¿que era sin tu presencia? Yermo triste,  
donde entre horror inmóviles reinaban  
frialdad, silencio, oscuridad... Empero  
el labio omnipotente  
dijo: *enciéndase el Sol*, y te encendiste,  
y brotaste la luz que en raudo vuelo  
pobló los campos del desierto cielo.

Oh! ¡cuan noble al sentir tu nueva vida  
al curso eterno te lanzaste luego!  
¡Como al sentir tu delicioso fuego  
se animó la creacion estremecida!  
Las sombras de los bosques,  
el cristal de las aguas,  
las brisas y las flores,  
y del mágico cielo los colores,  
á una mirada tuya aparecieron,  
y el placer y la vida  
su gémen inmortal desenvolvieron.

Y esos planetas, tu inmortal corona,  
te obedecen tambien: vagos giraban  
sin dirección ni freno  
del espacio en las vastas soledades;

y los viera el Criador, abandonolos  
á tu poder, y les pusiste rienda,  
á tu vasta atraccion los sujetaste,  
y en derredor de tí los contemplaste  
seguir furiosos su inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo  
criatura como yo, y estrella débil  
(como las que arden en la noche umbría  
en el cielo sin nubes) en presencia  
de tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,  
omniscio, omnipotente, dirigiendo  
con sus ojos profundos  
tantos millones férvidos de mundos,  
reina en el corazon del universo.

Espejo ardiente en que el criador se mira,  
ya nos dé vida en tu esplendor sereno,  
ya con el rayo y espantoso trueno  
lanze en la tierra su tremenda ira;  
gloria del universo,  
de los cielos señor, padre del dia,  
Sol, oye: si mi mente  
alta revelacion no iluminara,  
en mi entusiasmo ardiente  
á ti, rey de los astros, adorara.

Asi en los campos de la antigua Persia  
resplandeció tu altar: asi en el Cuzco  
los Incas y su pueblo te acataban.  
Los Incas... ¿Quien al pronunciar su nombre,  
si no nació perverso,  
podrá el llanto frenar? Sencillo y puro,  
de sus criaturas en la mas sublime

adorando al autor del universo  
aquej pueblo de hermanos,  
alzaba á ti sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error..! ¡Oh Sol! tú viste  
á tu pueblo inocente  
bajo el hierro inclemente  
como pálida mies gemir segado.  
Vanamente sus ojos moribundos  
por venganza ó favor á ti se alzaban;  
tú los desatendías,  
y tu carrera eterna proseguías,  
y sangrientos y yertos espiraban.



#### A MI PADRE ENCANECIDO EN LA FLOR DE SU EDAD.

Es el sepulcro puerta de otro mundo:  
los sabios y los buenos  
asi lo afirman, y de espanto llenos  
tiemblan los malos de su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh Padre! Bastaría  
tu infortunio elocuente  
á probarla, librar mi débil mente  
de los tormentos de la duda impía.

Deja que la calumnia se dispare.  
La doctrina has seguido  
del Dios de paz y amor que há prometido  
*Paz y clemencia ál que clemencia usare.*

Y los pueblos que te aman, y que fueron  
de tu virtud testigos,  
cargan tus cobardes enemigos  
el desprecio y baldon que merecieron.

Tus penas son tu gloria, y de tu pelo  
la temprana blancura,  
como de Iztaccihual la nieve pura,  
solo prueba cuan cerca estás del cielo.

1820.



#### AL ALZAMIENTO DE LOS GRIEGOS CONTRA LOS TURCOS EN 1821.

Jamas puede un tirano  
la cadena cargar á un pueblo fuerte,  
que enfurecido se alza, lidia, y triunfa,  
ó sufre noble y envidiable muerte.  
Pueblos famosos de la antigua Grecia,  
vosotros lo decis: en el delirio  
de su inmenso poder Darío se lanza,  
y hordas y hordas sin número de esclavos  
corren ciegas en pos: estremecida  
calla la tierra, y en silencio mudo  
el yugo aguarda en desaliento hundida.

Pero Atenas y Esparta alzan la frente,  
y con pechos impávidos resisten  
aquel tremendo asolador torrente  
que en ellas quiebra su ímpetu sañudo.  
¡Campos de Maraton! Vosotros visteis

de Milciades magnánimo la gloria;  
y luego en Salamina y en Platéa  
Temístocles, Arístides, Pausánias  
triunfan, y suena por la Grecia alzada  
de libertad el grito y de victoria.

¿Como pudo despues, pueblo infelice,  
cargarte el musulman la vil cadena  
que cuatro siglos sin horror sufriste?  
Generacion cobarde y degradada,  
¿no el nombre de Leónidas oiste?  
¿O tu fiero opresor rasgó insolente  
las páginas brillantes de la historia,  
que guardan los recuerdos  
de tu virtud antigua y de tu gloria?

Ved, ved como se lanza  
de los campos del Asia enfurecido  
el segundo Mahomet, y precedido  
marcha de sangre y devorante fuego,  
y en vez de apercibirse á los combates,  
ved cuan pálido tiembla el débil griego.  
¡Oh ignominia! ¡Oh baldon! Su negro manto  
por la Grecia asolada  
tiende la esclavitud, y el templo santo  
profana el musulman con sus furores.  
Europa amenazada se estremece  
cuando la media luna aterradora  
se levanta en Bizancio, y triunfadora  
cual pálido cometa resplandece.

¿Donde la Grecia fué? ¿Donde de Atenas,  
de Esparta y de Corinto se ocultara  
el pasado esplendor? Miseria, sangre  
y esclavos tristes solo presentara

por cuatro siglos la moderna Grecia.  
Sus vírgenes adornan el serrallo  
del vil bajá: la yerba solitaria  
crece en el Partenon abandonado.  
El viagero en sus ruinas reclinado  
en vano busca ahora  
la patria de las ciencias y las artes,  
de Roma y de la tierra la instructora.  
Todo despareció: con hondo duelo  
tan solo encuentra de la Grecia antigua  
el aire puro y el brillante cielo.

Pero amanece del destino el dia,  
y Grecia torna á ser. Se alzan sus hijos,  
que há poco la olvidaban,  
ó en languidez imbécil suspiraban  
por el socorro infiel del estrangeros  
Su genio magestoso,  
el de Aristogiton y Harmodio fiero,  
se alza, se agita, la radiosa frente  
en el cabo de Ténaro levanta,  
esclama *¡libertad!* ardiendo en ira,  
y esperanza y ardor al griego inspira,  
y al feroz musulman yela y espanta.  
Los númenes antiguos  
se agitan bajo el mármol mutilado,  
que murmura confuso *¡guerra! ¡guerra!*  
cual se oye en las entrañas de la tierra  
rodar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida  
de *libertad* y *gloria* y de *venganza*  
los furiosos clamores,  
y levántanse opresos y opresores,  
y arde do quiera la feroz matanza.

Nobles griegos, valor! A vuestros  
hijos dejad la libertad: con fuerte mano  
la barbarie frenad de ese vil pueblo,  
crudo enemigo del linage humano.  
No mireis á los príncipes de Europa:  
de su ambicion en el delirio odioso  
los esfuerzos de un pueblo generoso  
solo excitan su ceño y su odio insano.  
En un déspota ó rey ven un hermano,  
y es déspota el Sultan... Pero vosotros  
armados de valor y alta constancia  
sin ellos triunfareis. Cuando los padres,  
espirando en el campo de batalla,  
encargan á sus hijos  
sangrienta herencia de venganza y gloria,  
puede tal vez la lucha prolongarse,  
pero segura al fin es la victoria.

Mas ¿que vago rumor viene á mi oido,  
cual sordo trueno en nubes tempestosas  
revuelve por los valles su bramido?  
Ved! De los héroes fuertes que brillaron  
antes en Grecia las augustas sombras,  
cual dejan los sepulcros do gimieran  
su abandono fatal: ved en sus frentes  
profunda indignacion: brillan sus ojos,  
bien como rayo en tempestad sombría,  
con pálido esplendor que saña enciende,  
y en sus diestras armadas  
resplandecen vibrando las espadas.

“Imitadnos, os dicen, ó atrevidos  
nuestra gloria eclipsad: la liza abierta  
os llama a combatir: la tirania  
por vuestros campos con su aliento impuro

de fuego y sangre verterá un torrente,  
mas no olvideis que secará la fuente  
de un diluvio de lágrimas futuro.  
¿Cedereis..? Oh! jamas! Ventura y gloria  
y libertad os guarda la victoria,  
y la derrota esclavitud y muerte.  
En vuestros gefes nuestro aliento fuerte  
nosotros soplaremos,  
y á sus pasos do quier presidiremos.”

Asi os inspiran, hombres generosos,  
á quienes sigue el griego á los combates  
de ardor hermoso y de esperanza lleno.  
¡Oh ilustres Ispilantis!  
¡Oh sublime y feliz Cantacuzeno!  
Haced la independencia de la Grecia,  
y haced su libertad. La Grecia libre  
supo arrostrar del déspota persiano  
las iras y el poder: la Grecia esclava  
de emperadores viles y perversos,  
sucumbió al musulman... Leccion terrible  
que aprovechar debeis. Europa entera,  
y de la libre América los hijos  
tejen coronas de laurel y rosas  
que adornen vuestras sienes generosas.  
Vuestro hermoso patriótico ardimiento  
a nuestros nietos contará la historia,  
y en el augusto templo de la Gloria  
de Washington á par tendreis asiento.  
¡Ay! ¡ay! Ya por los campos de la Grecia  
el fuego de la guerra vá corriendo,  
y el Eurotas sonante y el Pamiso  
escuchan retumbar por sus orillas  
de la ardua lid el tormentoso estruendo.

El grito ¡*libertad!* los aires llena,  
y el Bósforo receja, y asordado  
hasta Bizancio ¡*libertad!* resuena.  
A este clamor que aterra á los tiranos,  
el imbécil Sultan, adormecido  
en la molicie, pálido despierta,  
de sorpresa y horror estremecido.

Pero alza en el Divan la adusta frente  
el bárbaro Visir, y torvo esclama:  
“Alzad, creyentes! el Profeta os llama.  
¡Dios y la eternidad! De esos rebeldes  
enfrenad la altivez y la osadía,  
y en la Grecia asolada  
brille la media luna ensangrentada.”

De su boca mortífera al acento  
se lanzan los genízaros... Miradlos  
del griego vengador bajo la espada  
desparecer, como al furor del fuego  
la yerba de los campos desecada.  
Salamina renuévase y Platéa.  
Mas ¿que valen? ¡oh Dios! ¿Jamas se agota  
el torrente de bárbaros...? ¡Oh! vedlo  
cual se renueva sin cesar, y corre  
como el flujo feroz del Océano  
violento, arrasador, irresistible...  
¡Oh ceguedad funesta, incomprensible,  
de matar y morir por un tirano...!

Pocos los griegos son, aunque esforzados...  
¡Cuanta sangre y horror...!— Reyes de Europa,  
¿como en vuestros oídos  
no suenan los tremendos alaridos  
con que agitado el Bósforo retumba?

¡Oh! ¿ser podeis friamente espectadores  
de la lucha de Grecia y sus horrores?  
¿Anelais de ese pueblo generoso  
el esterminio, ó que la vida implore,  
y se ponga á merced de sus tiranos?  
Decid, ¿hombres no sois? ¿No sois cristianos?  
Tú, poderosa Albion, del mar señora,  
de la infernal política desoye  
un momento la voz, y solo escucha  
á tu aliento magnánimo, y el brazo  
tiende, y decide la sangrienta lucha.  
Reyes de Europa, alzad: frenad la furia  
del musulman fanático, y lanzadlo  
del Asia á los desiertos, donde viva  
sin matar ni oprimir. Aquesta guerra  
tan justa y tan sagrada  
aplaudirán de Europa las naciones,  
y del mundo obtendreis las bendiciones,  
y el amor de la Grecia libertada.

Ay mis ojos ¡oh Grecia vengadora!  
tu gloria no verán: enfurecida  
la dolencia mortal que me devora,  
seca ya en mí las fuentes de la vida,  
y me agobia cruel. La muerte fiera ,  
de mi edad en la dulce primavera,  
cual flor por el arado atropellada,  
vá á despeñarme en la region sombría  
del sepulcro fatal. ¡Oh lira mia!  
Estos serán los últimos acentos  
que haga salir de tí mi débil mano.  
Pero el hado tirano  
no heló mi fantasía,  
y en su fogoso vuelo arrebatado

yo a los siglos futuros me transporto,  
vivo en el porvenir. Como un espectro,  
del sepulcro en el borde suspendido,  
dirijo al cielo mis posteriores votos  
por que triunfes ¡oh Grecia! y ya te miro  
lanzar á tus tiranos indignada,  
y la alma libertad servir de templo,  
y al mundo escucho que gozoso aplaude  
victoria tal y tan glorioso ejemplo.



#### A MI PADRE, EN SUS DIAS.

Ya tu familia gozosa  
se prepara, amado padre,  
á, solemnizar la fiesta  
de tus felices natales.  
Yo, el primero de tus hijos,  
tambien primero en lo amante,  
hoy lo mucho que te debo  
con algo quiero pagarte.  
¡Oh! ¡cuan gozoso confieso  
que tú de todos los padres  
has sido para conmigo  
el modelo inimitable!  
Tomastes á cargo tuyo  
el cuidado de educarme,  
y nunca á manos agenas  
mi tierna infancia fiasste:  
Amor á todos los hombres,  
temor á Dios me inspiraste,

odio á la atroz tiranía  
y á las intrigas infames.  
Oye, pues, los tiernos votos  
que por tí Fileno hace,  
y que de su labio humilde  
hasta el Eterno se parten.  
Por largos años el cielo  
para la dicha te guarde  
de la esposa que te adora  
y de tus hijos amantes.  
Puedas mirar tus bisnietos  
poco á poco levantarse,  
como los bellos retoños  
en que un viejo árbol renace  
cuando al impulso del tiempo  
la frente orgullosa abate.  
Que en torno tuyo los veas  
triscar y regocijarse,  
y que entre amor y respeto  
dudosos y vacilantes,  
halaguen con labio tierno  
tu cabeza respetable.  
Deja que los opresores  
osen faccioso llamarte,  
que el odio de los perversos  
dá á la virtud mas realce.  
En vano blanco te hicieran  
de sus intrigas cobardes  
unos réptiles oscuros,  
sedientos de oro y de sangre.  
Hombres odiosos...! Empero  
tu alta virtud depuraste,  
cual oro al crisol descubre  
sus finísimos quilates.

A mis ojos te engrandecen  
esos honrosos pesares,  
y si fueras mas dichoso,  
me fueras menos amable.  
De la mísera Caracas  
oye al pueblo cual te aplaude,  
llamándote con ternura  
su defensor y su padre.  
Vive, pues, en paz serena:  
jamas la calumnia infame  
con hálito pestilente  
de tu honor el brillo empañé.  
Dete en medio de tus hijos  
salud su bálsamo suave,  
y bríndcte amor risueño  
las caricias conyugales.

*Noviembre de 1819.*



## POESIA.

Alma del universo es la Poesía,  
ardiente en su entusiasmo, y semejante  
al viento abrasador de los desiertos,  
que cuanto toca en su carrera inflama.  
¡Feliz aquel que su divina llama  
siente en su corazon! Ella le eleva  
al bien, á la virtud: ella á su vista  
hace que rían las confusas formas  
del gozo por venir: contra el torrente

del infortunio bárbaro le escuda,  
haciéndole habitar entre los seres  
de su creacion: con alas encendidas  
osada le arma, y vuela  
al invisible mundo,  
y los misterios de su horror profundo  
á los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiracion! ¡Oh! cuantas horas  
de inefable deleite  
concediste benigna al pecho mio!  
En las brillantes noches del estío  
grato es romper con la sonante prora,  
largo rastro de luz tras sí dejando,  
del mar las ondas férvidas y oscuras:  
grato es trepar los montes escarpados,  
ó á caballo volar por las llanuras.  
Pero á mi alma fogosa es muy mas grato  
dejarme arrebatar por tu torrente,  
y ornada en rayos la soberbia frente,  
escuchar tus oráculos divinos,  
y repetirlos; como en otro tiempo  
de Apolo á la feliz sacerdotisa  
Grecia muda escuchaba,  
y ella de sacro horror se estremecía,  
y el fatídico acento repetía  
del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida  
que llena el universo: él es quien vierte  
en las bellas escenas de natura  
su gloria y magestad: él quien envuelve  
con su radioso manto á la hermosura,  
y dá á sus ojos elocuente idioma,  
y música á su voz: él quien la presta

el hechizo funesto, irresistible,  
que embriaga y enloquece á los mortales  
en su sonrisa y su mirar: él sopla  
del marmol yerto las dormidas formas,  
y las anima si el cincel las hiere.

El en *Fedra*, en *Tancredo* y en *Zoraida*  
nos despedaza el corazon: ó blando  
con Anacreonte, ó Tíbulo ó Melendez,  
del deleite amoroso nos inspira  
la languidez dulcísima: ó tronando  
nos arrebata en Píndaro y Herrera  
y el ilustre Quintana, á las alturas  
de la virtud sublime y de la gloria.

Por él Homero al impetuoso Aquiles  
me hace admirar, y el Taso á su Clorinda:  
y Milton, mas que todos elevado,  
á su ángel fiero, de diamante armado.

Por do quiera este espíritu reside;  
pero oculto tal vez: tal vez del cielo  
baja, y se manifiesta á los mortales  
en la nocturna lluvia y en el trueno.  
Alli le hé visto yo: tal vez sereno  
vuela en la luz del sol, cuando este inunda  
al cielo, tierra y mar en olas de oro:  
de la música tiembla en el acento:  
ama la soledad; escucha atento  
de las aguas con furia despeñadas  
el tremendo fragor. Por el desierto  
los vagabundos Arabes conduce,  
soplando entre sus pechos agitados  
un sentimiento grande, indefinido,  
de paz y libertad. En las montañas  
se sienta con placer, ó de su cumbre  
baja, y se mira del Océano inmóvil

en el hondo cristal, ó con sus gritos  
anima las borrascas. Si la noche  
tiende su puro y centellante velo,  
en la alta popa reclinado inspira  
al que estático mira  
abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella:  
yo de su lauro en el amor palpito,  
y quisiera en el mundo que hoy habito  
de mi paso dejar profunda huella.  
De tu favor, espíritu divino,  
puedo obtenerlo, que tu aliento ardiente  
vive eterno, y dá vida: de él tocados  
mil genios poderosos  
se arrojan á beber en la alta fuente  
que tu sagrada inspiracion recibe.  
Empero á sus afanes se apercibe  
indigno galardon; miéntras los cubre  
vestidura mortal, vagan oscuros  
entre indigencia y menosprecio, acaso  
de sacrílega mofa siendo objeto.  
Mas mueren, y sus almas se arrebatan  
á la fuente de luz de que salieron,  
y entonces, á despecho de la envidia,  
un estéril laurel brota en sus tumbas.  
Brota, y crece, y ampara sus cenizas  
con su sombra inmortal; pero no enseña  
á los hombres justicia, y cada siglo  
vé repetir el lamentable drama  
sin piedad ni rubor. Divino Homero,  
Cervantes, Taso, Taso desdichado,  
¡oh! decidlo por mi.

Mas noble el genio

sin desmayar padece: en sus oídos  
resuenan los aplausos que á su canto  
se darán largamente en las regiones  
del porvenir. Su gloria, sus desgracias  
excitarán la dulce simpatía  
de los últimos nietos de los crueles  
que á miseria y dolor le condenaron.  
Desde la tumba reinará: las bellas  
con respeto y ternura suspirando  
pronunciarán su nombre: ya centella  
á sus ojos la lágrima preciosa  
que han de beber sus páginas ardientes  
de los ojos sensibles de una hermosa.  
La vé, palpitá, se enternece, y fuerte  
de la cruel injusticia se consuela,  
y esperando su triunfo de la muerte,  
al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién há podido  
defenderse de ti, si no ha nacido  
yerto, como los mármoles y troncos?  
Oh! yo te abrazo con ardor..! Espero  
que algunas líneas que escribió mi mano,  
me sobrevivirán; que mi sepulcro  
no há de guardarme entero;  
y que el nombre del jóven ignorado  
sonará por su patria conmovida  
de la Fama gloriosa en la trompeta.  
Al ver como su lienzo se animaba  
el Corregio esclamaba:  
¡Yo tambien soy pintor! — Yo soy poeta.



## A MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,  
ven á aliviarme ya. Por las llanuras  
desatado arrebátame, y perdido  
en la velocidad de tu carrera,  
olvide yo mi desventura fiera.

Fueron ¡ay! de mi amor las ilusiones  
para nunca volver, de paz y dicha  
llevándose tras sí las esperanzas.  
Corrióse el velo: desengaño impío  
el fin señala del delirio mio.

Oh! ¡cuanto me fatigan los recuerdos  
del pasado placer! ¡Cuanto es horrible  
el desierto de una alma desolada,  
sin flores de esperanza ni frescura!  
Ya ¿que la resta?—Tedio y amargura.

Este viento del Sur..! ay! me devora!  
Si pudiera dormir..! En dulce olvido,  
en pasagera muerte sepultado,  
mi ardor calenturiento se templara,  
y mi alma triste á su vigor tornara.

Mi caballo! mi amigo! A tí te imploro.  
Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga  
mi cuerpo débil: haz que de este modo  
sobre la árida frente de tu dueño  
sus desmayadas alas tienda el sueños

Débate yo tan dulce refrigerio.  
Mas, oye: ayer avergonzar me hiciste  
de mi insana crueldad y mi delirio

al contemplar mis pies ensangrentados,  
y tus hijares ¡ay! despedazados.

Perdona á mi furor... El llanto mira  
que se agolpa á mis párpados... Amigo,  
cuando mis gritos mi impaciencia anuncien,  
no aguardes, no, la devorante espuela.  
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

1821.



### VERSONS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD.

Huracan, huracan, venir te siento,  
y en tu soplo abrasado  
respiro entusiasmado  
del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido  
vedle rodar por el espacio inmenso,  
silencioso, tremendo, irresistible,  
como una eternidad. La tierra en calma  
funesta, abrasadora,  
contempla con pavor su faz terrible.  
Al toro contemplad... La tierra escarban  
de un insufrible ardor sus pies heridos;  
la armada frente al cielo levantando,  
y en la hinchada nariz fuego aspirando,  
llama la tempestad con sus bramidos.

¡Que nubes! ¡que furor..! El Sol temblando  
vela en triste vapor su faz gloriosa,  
y entre sus negras sombras solo vierte  
luz fúnebre y sombría,  
que ni es noche ni dia,  
y al mundo tiñe de color de muerte.  
Los pajarillos callan y se esconden,  
mientra el fiero huracan viene volando,  
y en los lejanos montes retumbando  
le oyen los bosques, y á su voz responden.

Ya llega... ¿no le veis..? Cual desenvuelve  
su manto aterrador y magestoso..!  
Gigante de los aires, te saludo..!  
Ved como en confusion vuelan en torno  
las orlas de su parda vestidura.  
¡Como en el horizonte  
sus brazos furibundos ya se enarcan,  
y tendidos abarcan  
cuanto alcanzo á mirar, de monte á monte!

¡Oscuridad universal! su soplo  
levanta en torbellinos  
el polvo de los campos agitado.  
Oid..! Retumba en las nubes despeñado  
el carro del Señor, y de sus ruedas  
brota el rayo veloz, se precipita,  
hiere, y aterra al delincuente suelo,  
y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Que rumor..? ¿Es la lluvia..? Enfurecida  
cae á torrentes, y oscurece el mundo,  
y todo es confusion y horror profundo.  
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,  
¿donde estais? ¿donde estais? os busco en vano:

desparecisteis... La tormenta umbría  
en los aires revuelve un oceáno  
que todo lo sepulta...  
Al fin, mundo fatal, nos separamos;  
el huracan y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! como en tu seno,  
de tu solemne inspiracion henchido,  
al mundo vil y miserable olvido,  
y alzo la frente de delicia lleno!  
¿Do está, el alma cobarde  
que teme tu rugir..? Yo en ti me elevo  
al trono del Señor: oigo en las nubes  
el eco de su voz: siento á la tierra  
escucharle y temblar: ardiente lloro  
desciende por mis pálidas mejillas,  
y á su alta magestad tiemblo y le adoro.

*Septiembre de 1822*



#### **INSCRIPCION PARA EL SEPULCRO DE MI HERMANO.**

Al brillar la razon en su alma pura,  
miró los males del doliente suelo:  
gimió, y los ojos revolviendo al cielo,  
voló buscando perenal ventura.



## CARÁCTER DE MI PADRE.

Virtud meciera su inocente cuna.  
Fiole Clio su pincel sagrado,  
su espada Témis. Contrastara osado  
á la opresion sangrienta y la fortuna.

Siempre fué libre. De su frente pura  
el ceño augusto fatigó al tirano,  
que con cobarde y vengativa mano  
vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso  
le halló siempre el opreso, el desvalido.  
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,  
buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres haceis gloria,  
él adoraba en vuestro altar augusto:  
el polvo respetad de un hombre justo,  
y una lágrima dad á su memoria.



## INMORTALIDAD.

¿Quien al ver por el cielo tan sereno  
girar los astros en la noche umbría,  
no siente de feliz melancolía  
y de augusto pavor su pecho lleno?

¡Ay! asi girarán cuando en su seno  
me guarde inmóvil ya la tumba fria.

¡Como el orgullo y la flaqueza mia  
en mi alma vierten perenal veneno!

Pero ¿que digo? Irrevocable suerte  
tambien los astros á morir destina,  
y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y á la muerte  
mi alma, de mundos mil verá la ruina,  
á la futura eternidad ligada.



## ROMA.

Envuelta en sangre y espantoso estrago  
combate Roma en incansable anhelo;  
su nombre llena el orbe, sube al cielo,  
y tiemblan los monarcas á su amago.

Su águila fiera por el aire vago  
hiende las nubes, y en su ardiente vuelo  
apenas mira en el distante suelo  
las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Que la valió..? Carbon, Mario execrable,  
y Sila aterrador, y César fuerte  
huellan del mundo á la infeliz señora.

Y otros, y otros...— ¡Oh Roma miserable,  
que ansiando lauros y poder de muerte,  
no supo ser de sí reguladora!



## A MI QUERIDA.

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:  
luzca en tus ojos esplendor sereno,  
mientras desciende en ondas á tu seno  
de tus cabellos fúlgidos el oro.

¡Oh mi único placer! ¡oh mi tesoro!  
¡Como de gloria y de ternura lleno  
estático te escucho, y me enageno  
en la argentada voz de la que adoro!

¡Oh! llégate á mi pecho apasionado,  
ven, hija celestial de los amores,  
descansa aqui, donde tu amor se anida.

¡Oh! nunca te separes de mi lado,  
y ante mis pasos, de inocentes flores  
riegua la senda fácil de la vida.



## CATON.

De la alma libertad campeon augusto,  
entre ruinas de Roma miserable,  
Caton opone el pecho incontrastable  
á Cesar vencedor y Jove injusto.  
No hay esperanza... Al opresor robusto  
rie la fortuna con semblante afable...  
Fué Roma... El su clemencia despreciable  
brinda, y le oye Caton con rostro adusto.

“Lejos,” dice, “el perdon! perdon..! Mi vida  
menos horrible la injusticia hiciera  
con que victoria al opresor corona.”  
Dice, y rompe su pecho: por la herida  
indignada se lanza el alma fiera,  
y el cadáver á César abandona.



### SÓCRATES.

No, jueces, condeneis con ciega ira  
de la augusta verdad al sabio amante..!  
Mas ¡ay! que el vil Melito ya triunfante  
la venganza logró por que suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,  
él palidece, y con igual semblante  
bebe el sabio el veneno devorante,  
y en brazos de Platon tranquilo espira.

Presto remordimientos dolorosos  
Atenas siente, y su crueldad gimiendo  
maldice y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos  
á la virtud y al mérito, oprimiendo  
al que osa combatir vuestros errores.



**A D. DIEGO MARIA GARAY, EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO.**

Prócer sublime de la libre Roma,  
¿por que anubla el dolor tu augusta frente,  
y, en vano reprimido, el llanto ardiente  
á tus cargados párpados asoma?

Lanza Discordia su funesta poma,  
y hasta tus hijos con furor demente  
quieren que el vil Tarquino holle insolente  
al pueblo rey que á los tiranos doma.

Tú pronuncias su muerte: el pueblo gime  
entre piedad y horror... Con faz sombría  
el alma ocultas de dolores llena...

—Tal me mostraste tú, Garay sublime,  
á Bruto, que terrible parecía  
el dios que airado en el Olimpo truena.



**D. JOSÉ TOMAS BOVES<sup>\*</sup>**

hipócrita, perjuro, despiadado,  
sin ninguna virtud que amar le hiciera,  
bañose en sangre, y con delicias viera  
la muerte y el terror siempre á su lado,

A Venezuela mísera ensañado  
en un yermo de horror tornado hubiera,

<sup>\*</sup> No se diga que turbo sus cenizas. Los héroes y los monstruos pertenecen á la historia para ejemplo y horror del género humano.

si de Urica en los campos no cayera  
de vengadora lanza traspasado.

Rie en su tumba humanidad gozosa,  
y en su velo la frente rebozando,  
¡*horror!* esclama al pronunciar su nombre,

“*horror ¡oh monstruo!* á tu memoria odiosa,  
que al vencedor la gloria coronando,  
jamas al tigre premia, sino al hombre.”



#### PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL.

Arbol que de Fileno y su adorada  
velaste con tu sombra los amores,  
nunca del can ardiente los rigores  
dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al contemplar tu copa embovedada,  
palpitén de placer los amadores,  
y nunca de los zelos los furores  
profanen torpes tu mansion sagrada.

Adios, árbol feliz, árbol amado:  
para anunciar mi dicha al caminante  
guarde aquesta inscripcion tu tronco añoso:

“Aqui moró el placer: aqui premiado  
miró Fileno al fin su ardor constante:  
sensible amó, le amaron, fué dichoso.”



## RECUERDO.

Despunta apenas la rosada aurora;  
brisa apacible nuestras velas llena;  
callan el mar y el viento, y solo suena  
el rudo hendir de la cortante prora.

Yo separado ¡ayme! de mi señora,  
gimo no mas en noche tan serena:  
vuela, airecillo, y mi profunda pena  
di al dulce objeto que mi pecho adora.

Oh! cuantas veces al llegar el dia,  
ledo y feliz de su apacible lado  
salir la luna pálida me via..!

Huye ¡oh memoria de mi bien pasado!  
huye, y no amargues mas la ausencia impía  
que al abismo del mal me há despeñado.



## NAPOLEON.

Sin mas recurso que su ardiente espada  
de Carlomagno el trono reerigiera,  
y en el sentóse, y en su lecho viera  
á la hija de los Césares amada.

Arbitro fué de Europa amedrentada,  
de sus trémulos tronos dispusiera,  
y en Moscow y en Madrid su águila fiera  
y en Roma y Viena y en Berlin vió alzada.

¿Como cayó? Vendido, abandonado,  
sobre una roca en el oceano espira,  
dando ejemplo á los déspotas terrible.

Y al ver su ruina y fin desventurado,  
grita la Historia al mundo que se admira:  
*No hay opresion por fuerte irresistible!*



### LA DESCONFIANZA.

Mira, mi bien, cuan mustia y desecada  
del sol al resplandor está la rosa  
que en tu seno tan fresca y olorosa  
pusiera ayer mi mano enamorada.

Dentro de pocas horas será nada...  
No se hallará en la tierra alguna cosa  
que á mudanza feliz ó dolorosa  
no se encuentre sujetta y obligada.

Sigue á las tempestades la bonanza;  
siguen al gozo el tedium y la tristeza...  
Perdóname si tengo desconfianza

de que dure tu amor y tu terneza.  
Cuando hay en todo el mundo tal mudanza,  
¿solo en tu corazon habrá firmeza?

1818.



## MI GUSTO.

Llénase de placer el marinero  
cuando la dulce playa vé cercana;  
gózase el sabio que estudiando afana  
cuando su parecer es verdadero.

Goza tambien impávido guerrero  
cuando gloria fatal en lides gana;  
gózase entre la gente cortesana  
quien mira á su señor menos severo.

Nada de esto me place: soy dichoso  
tan solo estando á par de mi Belisa,  
que paga con su afecto mi ternura.

Si al tiempo que me mira advierto ansioso  
en su boca asomar dulce sonrisa,  
llega á su colmo entonces mi ventura.

1819.



## RENUNCIANDO Á LA POESÍA.

Tiempo fué en que la dulce poesía  
el eco de mi voz hermosëaba,  
y amor, virtud y libertad cantaba  
entre los brazos de la amada mia.

Ella mi canto con placer oía,  
con sus tiernas caricias me pagaba,

y al puro beso que mi frente hollaba  
muy mas fogosa inspiracion seguía.

Vano recuerdo! En mi destierro triste  
me deja Apolo, y de mi mustia frente  
su sacro fuego y su esplendor retira.

Adios, ¡oh Musa! que mi encanto fuiste:  
adios, amiga de mi edad ardiente:  
la mano del dolor quebró mi lira.

*Boston, 1823.*



### MISANTROPIA.

¡Que triste noche..! En las lejanas cumbres  
mil nubes pavorosas se amontonan,  
y el lívido relámpago ilumina  
su densa confusión. Ardiente calma  
me abruma en derredor, y un ruido sordo,  
vago, cual los recuerdos del sepulcro,  
sale á intervalos del opaco bosque.  
Oigo el trueno distante... En un momento  
la horrenda tempestad vá á despeñarse.  
La presagia la tierra en su tristeza.

Aquesta confusión en armonía  
está con mi alma destrozada... ¿El mundo  
padece como yo..? No, que no tiene  
pasiones insensatas: solo el hombre  
de su huracán feroz víctima gime,

mas que nadie, yo.

Muger funesta,

¡ay! me has perdido para siempre... En vano  
me esfuerzo á reanimar del alma mia  
el marchito vigor: tú el universo  
desfiguraste para mi... Ni echarte  
puedo de mi memoria. Tus recuerdos  
me aquejan sin cesar, vertiendo en mi alma  
una alegría confusa, y un deleite  
funesto, amargo, bien cual la sonrisa  
que suele verse cn los marchitos lábios  
de una belleza pálida en la tumba.

¡Oh hermosas! yo inocente os adoraba...  
¿Quien me venció en sentir? Vosotras fuisteis  
mi encanto, mi deidad: en vuestros ojos,  
en vuestra dulce y celestial sonrisa  
sentí doblar mi ser, y circundado  
de una atmósfera ardiente de ventura,  
renuncié á la razon, quebré insensato  
de mi enérgica mente los resortes,  
y á solo amaros consagré mi vida.  
¡Que horrible pago recibí...! ¿Oh hermosas!  
me hicisteis infeliz, y ya no os amo...  
ni puedo amar la vida sin vosotras.

Así en horrible confusion perdido  
vago insano y furioso. Desecada  
siento mi alma infeliz, huyo á los hombres,  
y hasta la luz del sol ya me fatiga.  
Mi fantasía se apagara, y vago,  
espectro gemidor, junto al sepulcro,  
sin conservar de mi marchita vida  
sino del cruel dolor el sentimento.  
Pero amo á veces mi affliccion: me gozo

en el llanto de fuego que me alivia ;  
mas triste es mi placer, vago y sombrío...  
¡Felices ¡ay! los que jamas probaron  
el gozo del dolor!

¿Do están los tiempos  
de mi felicidad cuando mi mente  
de la vasta creacion se apoderaba  
con noble ardor? Enmedio de la noche  
del mar en las inmensas soledades  
suspenso entre el abismo y las estrellas,  
¡cuan fuertes y profundos pensamientos  
mi mente concibió! ¡Como reía  
el universo de beldad ornado  
á mis ojos serenos, y me alzaba  
á admirar y gozar! ¡Cual de la vida  
me sentí en posesion..! Mas hoy... ¡cuidado..!  
Tal vez al ver mi agitacion insana  
creerán turbada mi razon. No, necios:  
ved en mi frente la profunda huella  
que dejara el dolor...— Mas no me escuchan,  
y murmurando de mi frente adusta,  
insocial y selvático me llaman.

¡Almas sin sentimiento! Cuando el mundo  
de mil dolores inundó mi seno,  
por que no sé para fingir sonrisas  
dar á mis labios contorsion violenta,  
mientras rebosa mi alma en amargura,  
llaman negra y feroz misantropía  
mi amor de soledad... ¡Oh! si pudieran  
bajo este velo agreste que la cubre  
sentir de mi alma la ternura inmensa,  
tal vez me amaran... Pero, no: tan solo  
vil piedad ó desprecio excitaría  
ten sus almas de fango abominables.

Dejadme, pues, menospreciando al mundo,  
arrastrar mis pesares y amargura  
en esta soledad. Arboles bellos,  
que al soplo de los vientos tempestuosos  
sobre mi frente os agitais, mañana  
vendrá á lucir el sol en vuestras copas  
con gloria y magestad: mas para mi alma  
de furiosas borrascas combatida,  
no hay un rayo de luz... Entre vosotros  
buscaré alguna calma, y de los tristes  
invocaré al amigo, al dulce sueño.

*Agosto de 1821.*



### **FRAGMENTOS DESCRIPTIVOS DE UN POEMA MEXICANO.<sup>\*</sup>**

¡Oh! ¡cuan bella es la tierra que habitaban  
los aztecas valientes! En su seno  
en una estrecha zona concentrados  
con asombro vereis todos los climas  
que hay desde el polo al ecuador. Sus campos  
cubren á par de las doradas mieses  
las cañas deliciosas. El naranjo,  
y la piña y el plátano sonante,  
hijos del suelo equinocial, se mezclan  
á la frondosa vid, al pino agreste,  
y de Minerva al árbol magestoso.  
Nieve eternal corona las cabezas

<sup>\*</sup>  
Este poema se hallará entero en las poesías americanas

de Iztaccihual purísimo, Orizaba  
y Popocatepet: pero el invierno  
nunca aplicó su destructora mano  
á los fértiles campos, donde ledo  
los mira el indio en púrpura ligera  
y oro teñirse, á los postreros rayos  
del sol en occidente, que al alzarse  
sobre eterna verdura y nieve eterna  
á torrentes vertió su luz dorada,  
y vió á naturaleza commovida  
á su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde. La ligera brisa  
sus alas en silencio ya plegaba,  
y entre la yerba y árboles dormía,  
miéntras el ancho sol su disco hundía  
detras de Iztaccihual. La nieve eterna  
cual disuelta en mar de oro, semejaba  
temblar en torno dél: un arco inmenso  
que del empíreo en el zenith finaba,  
como el pórtico espléndido del cielo,  
de luz vestido y centellante gloria,  
de sus últimos rayos recibía  
los colores riquísimos: su brillo  
desfalleciendo fué: la blanca luna  
y dos ó tres estrellas solitarias  
en el cielo desierto se veian.  
¡Crepúsculo feliz! Hora mas bella  
que la alma noche ó el brillante dia,  
¡cuanto es dulce tu paz al alma mia!

Hallábame sentado de Cholula  
en la antigua pirámide. Tendido  
el llano inmenso que á mis pies vacía,  
mis ojos á espaciarse convidaba.

¡Que silencio! ¡que paz! ¡Oh! ¿quien diría  
que enmedio de estos campos reina alzada  
la bárbara opresion, y que esta tierra  
brota meses tan ricas, abonada  
con sangre de hombres... ?

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
el leve azul, oscuro y mas oscuro  
se fué tornando. La ligera sombra  
de las nubes serenas, que volaban  
por el espacio en alas de la brisa,  
fué ya visible en el tendido llano.  
Iztaccihual purísimo volvía  
de los trémulos rayos de la luna  
el plateado fulgor, mientra en oriente,  
bien como chispas de oro, retemblaban  
mil estrellas y mil. ¡Oh! Yo os saludo,  
fuentes de luz, que de la noche umbría  
centellais en el velo,  
y sois á un tiempo del profundo cielo  
la mágia, y el amor, y la poesía.

Al paso que la luna declinaba,  
y al ocaso por grados descendía,  
poco á poco la sombra se estendia  
del Popocatepet, que semejaba  
un nocturno fantasma. El arco oscuro  
á mi llegó, cubrióme, y avanzando  
fué mayor, y mayor, hasta que al cabo  
sombra universal veló la tierra.  
Volví los ojos al volcan sublime,  
que velado en vapores transparentes,  
sus inmensos contornos dibujaba  
de occidente en el cielo.  
¡Gigante de Anahuac! ¡oh! ¿como el vuelo

de las edades rápidas no imprime  
ninguna huella en tu nevada frente?  
Corre el tiempo feroz, arrebatoando  
años y siglos, como el Norte fiero  
precipita ante sí la muchedumbre  
de las olas del mar. Pueblos y reyes  
viste hervir á tus pies, que combatían  
cual hora combatimos, y llamaban  
eternas sus ciudades, y creian  
fatigar á la tierra con su gloria.

Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un dia  
de tus bases profundas desquiciado  
caerás, y al Anahuac tus vastas ruinas  
abrumarán: levantaránse en ellas  
otras generaciones, y orgullosas  
que fuiste negarán....

;Quien afirmarme  
podrá que aqueste mundo que habitamos  
no es el cadáver pálido y deformé  
de otro mundo que fué...?

En tal contemplacion embebecido  
sorprendiome el sopor. Un largo sueño  
de glorias engolfadas y perdidas  
en la noche profunda de los tiempos,  
descendió sobre mí....



## NIÁGARA.

Dadme mi lira, dádmela, que siento  
en mi alma estremecida y agitada  
arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuanto tiempo  
en tinieblas pasó, sin que mi frente  
brillase con su luz...! Niágara undoso,  
sola tu faz sublime ya podría  
tornarme el don divino, que ensañada  
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
tu trueno álterrador: disipa un tanto  
las tinieblas que en torno te circundan,  
y déjame mirar tu faz serena,  
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
Io comun y mezquino desdeñando,  
ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracan furioso,  
al retumbar sobre mi frente el rayo,  
palpitando gozé: vi al oceáno  
azotado del austro proceloso,  
combatir mi bajel, y ante mis plantas  
sus abismos abrir, y amé el peligro,  
y sus iras amé: mas su fiereza  
en mi alma no dejara  
la profunda impresion que tu grandeza.

Corres sereno y magestoso, y luego  
en ásperos peñascos quebrantado,  
te abalanzas violento, arrebatado,  
como el destino irresistible y ciego.  
¿Que voz humana describir podría  
de la sirte rugiente

la aterradora faz? El alma mia  
en vagos pensamientos se confunde,  
al contemplar la férvida corriente,  
que en vano quiera la turbada vista  
en su vuelo seguir al ancho borde  
del precipicio altísimo: mil olas,  
cual pensamiento rápidas pasando,  
chocan, y se enfurecen,  
y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,  
y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo  
devora los torrentes despeñados:  
crúzanse en él mil iris, y asordados  
vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
rómpese el agua, y salta, y una nube  
de revueltos vapores  
cubre el abismo en remolinos, sube,  
gira en torno, y al cielo  
cual pirámide inmensa se levanta,  
y por sobre los bosques que le cercan  
al solitario cazador espanta.

Mas, ¿que en ti busca mi anelante vista  
con inquieto afanar? ¿Por que no miro  
al rededor de tu caverna inmensa  
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
que en las llanuras de mi ardiente patria  
nacen del sol á la sonrisa, y crecen,  
y al soplo de las brisas del oceáno  
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...  
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,

ni otra corona que el agreste pino  
á tu terrible magestad conviene.  
La palma, y mirto, y delicada rosa,  
muelle placer inspiren y ocio blando  
en frívolo jardin: á ti la suerte  
guardó mas digno objeto y mas sublime,  
El alma libre, generosa y fuerte  
viene, te vé, se asombra,  
menosprecia los frívolos deleytes,  
y aun se siente elevar cuando te nombra.

Dios, Dios de la verdad! En otros climas  
vi mentidos filósofos, que osaban  
escrutar tus misterios, ultrajarte,  
y de impiedad al lamentable abismo  
á los míseros hombres arrastraban.  
Por eso siempre te buscó mi mente  
en la sublime soledad: ahora  
entera se abre á ti; tu mano siente  
en osta inmensidad que me circunda,  
y tu profunda voz baja á mi seno  
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!  
¡Como tu vista mi animo enagena,  
y de terror y admiracion me llena!  
¿Do tu orígen está? ¿Quien fertiliza  
por tantos siglos tu inecsausta fuente?  
¿Que poderosa mano  
hace que al recibirte  
no rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
cubrió tu faz de nubes agitadas,  
dió su voz á tus aguas despeñadas,

y ornó con su arco tu terrible frente.  
Miro tus aguas que incansables corren,  
como el largo torrente de los siglos  
rueda en la eternidad: así del hombre  
pasan volando los floridos días,  
y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada  
siento mi juventud, mi faz marchita,  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
mi mísero aislamiento, mi abandono,  
mi lamentable desamor... ¿Podría  
una alma apasionada y borrascosa  
sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡si una hermosa  
digna de mí me amase,  
y de este abismo al borde turbulento  
mi vago pensamiento  
y mi andar solitario acompañase!  
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse  
de leve palidez, y ser más bella  
en su dulce terror, y sonreirse  
al sostenerla en mis amantes brazos...  
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! desterrado,  
sin patria, sin amores,  
solo miro ante mí llanto y dolores.

Niágara poderoso!  
oye mi última voz: en pocos años  
ya devorado habrá la tumba fría  
á tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
cuál tu gloria inmortal! Pueda piadoso  
al contemplar tu faz algún viagero,  
dar un suspiro á la memoria mia.  
Y yo, al hundirse el sol en occidente,

vuele gozoso do el criador me llama,  
y al escuchar los ecos de mi fama  
alze en las nubes la radiosla frente.

*Junio de 1824.*



### A NAPOLEON.

Conjunto incomprendible y asombroso  
de oscuridad y luz, de nada y gloria;  
astro á par ominoso  
á libertad y reyes, elevado  
por una tempestad á tal altura,  
por otra tempestad de ella lanzado,  
que solo has igualado  
con tu desgracia immensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tus plantas  
las montañas sus frentes inclinando,  
un camino triunfal te preparaban.  
Tu señal aguardaban  
los elementos, miéntras disipando  
las tempestades de lluviosa noche  
para alumbrar tus fiestas,  
el sol desde su carro te anunciaba.  
Europa te admiraba  
con un horror profundo,  
y de tu voz fatídica el acento,  
de tus ojos bastaba un movimiento  
á conmover el mundo.

Tu soplo animador del caos sacaba  
las olvidadas leyes.

A los vastos despojos de los reyes  
tu imagen insultaba  
sobre mil y mil bronces, que cautivos  
al cielo tus hazañas referían.

Los cultos renacían,  
de su unión fraternal ya se asombraban,  
y en sus altares, que á la par humeaban,  
por tí sus oraciones confundían.

“Conserva ¡oh Dios!” decían.  
“al que diste en Tabor alta victoria!”  
“Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre!”  
¿Por qué añadir entonces no pudieron  
para colmar tu gloria:  
“Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre?”

Si quisieras, reinaras todavía.  
Hijo de Libertad, la destronaste:  
la ruina de tu madre decretaste  
en tu soberbia impía.  
Mas la tumba que se abre  
á la diosa inmortal, tarde ó temprano  
yela en su sombra fria  
el necio orgullo del mayor tirano.

¿En tu ambición furiosa,  
fé, justicia ó derechos respetaste?  
Vanamente en las lides ya te fuera  
la España generosa  
de gloria y de peligros compañera.  
Esclava la anelaste,  
pero no te atreviste  
á unir otra diadema

á tu doble corona, y en su trono  
un simulacro tuyo echar quisiste.

Mas, no: sus sacerdotes y guerreros  
la lid mutuamente se excitaron.  
Supersticiosos, fieros,  
los pueblos al clamor se levantaron.  
¡Que fúnebres presagios! Las campanas  
por invisible mano sacudidas  
*alarma!* resonaban.  
Las estátuas antiguas retemblaban,  
y llanto se veía  
en sus ojos inmóviles: la sangre  
del salvador divino de la tierra  
de sus yertas imágenes corría.  
Por la noche los muertos vagueaban,  
y los fúnebres gritos: *guerra! guerra!*  
dó quier de los sepulcros se exhalaban.

Una noche... ¡Atended...! Era la hora  
en que los sueños lúgubres esplican  
del sepulcro sombroso  
la oscura voz; en que el segundo Bruto  
vió á su genio enlutado  
alzarse entre el horror de las tinieblas;  
en que el feroz Ricardo, atormentado  
de un sueño sin reposo,  
los manes vió de su familia entera  
maldecirle y gritarle. “Aquesta, impío,  
es tu noche postrera!”

Solo, en silencio, Napoleon velaba:  
la fatiga inclinaba  
su frente poderosa  
sobre la carta inmóvil, que sus ojos

solamente confusamente  
miraban: tres guerreras, tres hermanas.  
en su tienda parecen de repente.

Pobre y sin atavíos la, primera,  
una vírgen romana parecía,  
morena al fuego de su ardiente cielo.  
Su alta frente ceñía  
simple ramo de encina: se apoyaba  
en roto estandarte, y recordaba  
un dia sublime de inmortal memoria.  
Brillaban tres colores  
en sus girones al frances sagrados,  
del humo ennegrecidos, destrozados,  
pero por la victoria.

“Te conocí soldado:  
salud! hete ya rey,” ella dijera.  
“De Marengo terrible la jornada  
en tus fastos de gloria  
después de mí se encuentra colocada.  
Soy su hermana mayor; la que en Arcola  
protegí tu carrera,  
y te dicté la voz sublime y fuerte  
que el valor de los tuyos reanimara,  
cuando tan grande te miró la muerte,  
que en medio á rayos mil te respetara.”

“Trocaste en cetro de hierro  
mi bandera profanada.  
Tiembla! Tu estrella eclipsada  
palidecer miro yo.  
La fuerza no tiene apoyo  
cuando sin freno se mira.

Adios! Tu reinado espira,  
y ya tu gloria pasó.”

Sobre su frente la segunda unía  
á la brillante palma del desierto  
los tesoros que encierra Alejandría.  
El fuego con que el sol su patria inunda  
sus miradas ardientes encendía.  
De los hijos de Omar teñida en sangre  
su fuerte mano, á conquistar armadas  
de su valor llevaba por troféo  
de Julio César la terrible espada,  
y el ilustre compas de Toloméo.

“Te conocí en un tiempo desterrado:  
Salud! hete ya rey,” ella dijera.  
“Del sublime Tabor la gran jornada  
en tus fastos de gloria  
despues de mi se encuentra colocada.  
Soy su hermana mayor: te debo el nombre  
que al pié de las Pirámides obtuve.  
¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas  
vi los turbantes de Ismaël hollados  
por tus caballos rápidos. Las artes  
á sus hijos preciados  
allí bajo tu egida colocaban,  
cuando al polvo de Ménfis y de Tébas  
sus secretos antiguos preguntaban.  
Si te estraviaste entonces  
en tu glorioso vuelo,  
fué cual águila noble, que clavando  
la vista al sol, y tras la luz volando,  
en los desiertos piérdese del cielo.

“Bajo tu cetro de hierro  
la quisiste ver ahogada.  
Tiembla! tu estrella eclipsada  
palidecer miro yo.  
La fuerza no tiene apoyo  
cuando sin freno se mira.  
Adios! Tu reinado espira,  
y ya tu gloria pasó.”

La postrera... ¡oh piedad! Sus manos bellas  
cadenas oprimian. Con los ojos  
clavados en la tierra en que sus pasos  
dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas,  
se acercaba temblando,  
*Perece y no se rinde*, murmurando.  
Lejos de ella la pompa y los tesoros  
con que la alta victoria se atavía:  
pero cipreses, bellos cual laureles,  
su noble frente circundaban fieles  
con su corona fúnebre y sombría.

“No me conocerás hasta la hora  
que dejes de ser rey: escucha, y tiembla.  
Ninguna otra jornada  
há de verse en tus fastos colocada  
despues de mí: tampoco  
tengo hermana mayor. Recuerdo amargo  
seré á la tierra de valor y pena.  
Libertaré á los reyes que hoy oprimes,  
á los pueblos pasando su cadena.  
Los siglos dudarán al leer tu historia  
si tus soldados fuertes,  
de tanta y tanta hazaña escombros vivos,  
compañeros antiguos de tu gloria,  
mas ilustres se hicieron

en un dia solo que reves sufrieron,  
ó en treinta años de dicha y de victoria.

“Yo al fin echaré del cielo  
tu estrella triste, eclipsada,  
y quebraré con tu espada  
tu cetro férreo y atroz.  
La fuerza no tiene apoyo  
cuando sin freno se mira.  
¡Adios! Tu reinado espira,  
y ya tu gloria pasó.”

Ya las tres hacia el cielo  
habian alzado su ligero vuelo,  
y aun el guerrero atónito escuchaba  
el fatídico acento, que pesaba  
sobre su alma oprimida.  
Pero al redoble del tambor guerrero  
se disipó su imágen importuna,  
cual la pálida lumbre de la luna  
del sol ardiente al esplendor primero.  
Pensando haber domado  
los hijos fieros de Pelayo fuerte,  
sube otra vez al carro vagabundo  
en que llevar pensaba por el mundo  
la esclavitud y muerte.  
De un salto pasa por su vasto imperio.  
Sus caballos fogosos, anhelantes,  
que se desfallecían  
bajo el cielo del Sur fiero, abrasado,  
para refrigerarse ya bebían  
del Beresina helado.

Confiado en su astro infiel se adormecía  
por lisongeros viles fascinado,

y cuando ya caía,  
de la tierra el imperio meditaba.  
Abrió los ojos al fragor del rayo,  
y ¿donde se encontró? —Sobre una roca  
do á todos los monarcas inquietaba  
con su vida importuna.  
Mas presente do quier se le miraba,  
grande cual su desgracia, destronado,  
pero immutable, alzado  
en los escombros ¡ay! de su fortuna.

Quedó Europa vacía,  
y cubierta de luto la Victoria.  
Así de falta en falta,  
de tormenta en tormenta,  
vino á morir sobre el escollo estéril  
do naufragó su gloria.  
En torno de su tumba murmurando  
el mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco  
sin corona y sin vida,  
cuando antes contenerte no pudiera  
un imperio vastísimo. A tu tumba  
contigo descendieran  
tu imperial porvenir, tu dinastía.  
De tarde en ella el pescador reposa,  
y sus pesadas redes levantando,  
se aleja lentamente, cavilando—  
en su trabajo del siguiente dia.



## PLACERES DE LA MELANCOLÍA.

Yo lloraré, pero amaré mi llanto,  
y amaré mi dolor.

*Quintana.*

No es dado al hombre de su débil frente  
las penas alejar y los dolores,  
ni por campos de mirtos y de flores  
dirigir el torrente de la vida.

De las pasiones el aliento ardiente  
le enagena tal vez, y breves horas  
en ilusiones férvidas perdido  
osa creerse feliz. ¿Quién no há sufrido  
la fiebre del amor, ni que alma helada  
no probó la dulzura emponzoñada  
que en el beso fatal vierte Cupido?

Yo adoré la beldad: ella luciera  
cual sol de vida á mis turbados ojos,  
y el cáliz del amor hasta las heces  
encendido y frenético bebiera.

Mi alma agitada, turbulenta y fiera,  
en todos sus placeres y deseos  
voló á la estremidad: tibias pasiones  
nunca en ella cupieron... Pero pronto  
siguió á los gozes y al delirio mio  
la saciedad, el tedio devorante,  
como sigue de otoño al sol brillante  
el del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuitado:  
agitarse y sufrir, despues que siente  
el resorte de su alma quebrantado  
por su excesivo ardor, que al cabo agota  
del sentimiento la preciosa fuente.

¿Que hará el triste? Las flores de la vida  
al soplo abrasador de las pasiones  
marchitas sentirá. Do quier que mire  
será el mundo á sus ojos un desierto,  
y el misterioso abismo de la tumba  
solo será de su esperanza el puerto.  
Tal el piloto en tempestosa noche  
solo distingue entre su denso velo  
el mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil Melancolía,  
serás bálsamo dulce que suavize  
su árido corazon, y le consuele,  
mas que el llanto precioso de la noche  
á la agostada flor. Yo tus placeres  
voy á cantar, y tu favor imploro.  
Ven; tonos blandos á mi voz inspira;  
enciéndela en tu aliento, y de mi lira  
tiempla con languidez las cuerdas de oro.

¿Quien en adversa ó próspera fortuna  
no se abandona al vago pensamiento  
cuando suspira de la tierra el viento,  
y de Cuba en el mar duerme la luna?  
¿Quien no há sentido entonces dilatarse  
su corazon, y con placer llevarse  
á mil cavilaciones deliciosas  
de ventura y de amor? Con que deleite  
en los campos bañados por la luna  
siguen nuestras miradas pensativas  
las sombras de las nubes fugitivas,  
en medio á un mar de luz puro y sereno!  
¿Que encanto hay de la noche en el silencio,  
del hondo mar en la distante furia,  
que halaga al corazon? Melancolía,

tu respiras allí: tu faz amable,  
velada entre las nubes transparentes,  
sonríe con ternura al que en tu seno  
busca la paz, y al que de penas lleno  
se acoge á ti, con mano compasiva  
del rostro enjugas el sudor y el llanto.

Mas la disipacion furiosa entanto,  
en los bailes y juegos y festines  
hace beber de tedio amarga copa  
á los que por su halago seducidos  
buscan entre sus pérvidas caricias  
gozo y felicidad. Presto rendidos  
del nuevo sol los vencedores rayos  
con odio mirarán, y á inquieto sueño  
la frente atormentada reclinando,  
la suerte trocarán del bello dia.

Ansia amarga y fatal! ¡Oh! como impía  
me desecaste el corazon! ¡Oh tiempo  
de ceguedad y de furor! Cuan necio  
en tormento sin fin quise hallar dicha,  
paz en eterna agitacion..! Empero  
á mis ojos el sol brilla mas puro  
desde que ya, mas cuerdo, no alimento  
de mi sangre el ardor calenturiento,  
soñando en gozos y placer futuro.  
De la ilusion tal vez perdí el encanto,  
pero hallé de la paz el bien seguro.

Dulce es la soledad, donde su trono  
asienta la feliz Melancolía.

Desde la infancia venturosa mia  
fuerá mi amor. Aislado, pensativo,  
gustábame vagar por la ribera  
del vasto mar: si los airados vientos

su seno hinchaban en tormenta fiera,  
mil pensamientos vagos, tumultuosos,  
me agitaban tambien, pero tenía  
deleite inespllicable, indefinido,  
aquella confusion. Cuando la calma  
reinaba inmóvil, y el espejo inmenso  
del sol en occidente reflejaba  
la ardiente imagen en columna de oro,  
yo en éstasis feliz la contemplaba,  
y eran mis escondidos pensamientos  
dulces, como el silencio de los campos  
de la luna en la luz. Mas los pedantes,  
azotes de la infancia, que, querían  
subyugar mi razon á sus delirios,  
fieros amenazándome decían:  
*Este niño holgazan y vagabundo  
siempre un necio há de ser.* Y yo temblaba,  
mas no los maldecía,  
sino azorado de su vista huía,  
y en mi apacible soledad lloraba.

Oh! si Dios de mis males apiadado  
las alas de un espíritu me diera!  
¡Cual por los campos del espacio huyera  
de este mundo tan bello y desdichado!  
¡Oh! si en él á lo menos me ofreciera  
una muger sensible, en quien pudiera  
fijar mi corazon, con sentimientos  
menos vivos tal vez, menos violentos  
que los que enciende Amor, pero mas dulces  
y duraderos. En su ingenua frente  
el candor y la paz me sonreirían.  
De este exceso de vida que me agovia

me aliviara su amor. Su voz piadosa  
de aqueste pecho en la profunda herida  
su bálsamo precioso derramara,  
y su trémulo acento disipara  
las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnacion de mi idëal esposa,  
oh! como te amaré..! No por mas tiempo  
me hagas ansiarte y supirar en vano:  
mira que vuela mi verdor lozano.  
Ay! ven y atiende á mi rogar piadosa.

¿Quien placer melancólico no goza,  
mirando al tiempo, cuya alada planta  
los dias, los años y los siglos graves  
despeña y hunde en el abismo oscuro  
de lo que fué? Las épocas brillantes  
veo pasar de la historia.... ¡Que furores!  
Por do quiera maldad, do quiera errores.  
Do quier en sangre tíñense las manos:  
siempre los pueblos ciegos ó furiosos,  
ó son juguetes viles de facciosos,  
ó siervos miserables de tiranos.  
Pueblos á pueblos el lugar ya ceden,  
y del orbe confuso, ensangrentado,  
desaparecen, cual del mar turbado  
las olas á las olas se suceden.

Por Babilonia y Ménfis y Palmira  
paseára el tiempo su hoz irresistible,  
y entre sus mudos restos el viagero  
se horroriza al mirar su estrago fiero,  
y con profunda lástima suspira.  
Campos americanos! en vosotros

lágrimas verterá. ¿Quien no conoce  
su nombre y sus desdichas?

Circundado  
de oscuridad profunda un emisferio,  
al otro se ocultaba: un hombre osado  
del Océano forzando el vasto imperio,  
al fin le reveló. La frágil nave  
por los yermos de un mar desconocido  
en silencio volaba: la vil chusma  
trémulas, herida de terror profundo,  
á España iba á volver la férrea prora,  
cuando á sus ojos, con la nueva aurora,  
entre el cielo y el mar se alza otro mundo.

¡Hombres feroces..! La irritada historia  
en sus sangrientas páginas aun guarda  
de sus hechos horribles la memoria.

Al esfuerzo terrible de su espada  
cayó el templo del sol, y el trono altivo  
de Acamapich... Las magestosas sombras  
de los reyes aztecas olvidados  
á evocar me atreví sobre sus tumbas,  
y del polvo á mi voz se levantaron,  
y su inmenso dolor me revelaron.

A Europa y Asia volaré incansable,  
y del Jordan, del Tíber y el Enrotas  
las aguas beberé, y en sus orillas  
sentado sobre escombros solitarios  
de quebrantadas míseras naciones,  
me daré á meditar. Altas leccioncs,  
altos ejemplos sacará mi mente  
de su desolacion. ¡Cuanto es sublime  
la voz de los sepulcros y las ruinas!  
Allí tu inspiracion pura y solemne,

¡oh Musa del saber! mi voz anime.  
Y tú tambien, mi fiel Melancolía,  
seguirás mis pisadas suspirando,  
ó en mi lecho tu frente reclinando  
harás á mi descanso compañía.

Genio de Libertad, que me llenabas  
de inesplicable y de sublime gozo,  
cuando sentado en la agitada popa,  
vi á mi bajel del viento arrebatado  
romper con furia las turbadas olas  
del irritado mar, y por sus campos  
leve volar cual despedida flecha,  
no es tu madre tambien Melancolía?

¡Oh! cuanto es dulce y grata la memoria  
de los que amamos, cuando ya la muerte  
los arrebata á nuestro amor! La tumba  
encierra sus inmóviles cenizas,  
mas sus leves espíritus pasean  
en el aire sereno de la noche  
en torno de los que aman, y responden  
á sus tiernos recuerdos y suspiros  
en invisible comunión. Creédme;  
no lo dudeis. Por esto son tan dulces  
las solitarias lágrimas vertidas  
en la tumba del padre, del esposo,  
ó del amante, y el herido pecho  
ama su llanto y su dolor piadoso.

¡Oh tú que para mí fuiste en la tierra  
de Dios la imagen! Cuantas, cuantas horas  
desde el momento que te hundió en la tumba  
por mí pasaron, llenas de amargura  
y de intenso dolor! Sombra querida

del padre que lamento, hora entre gloria  
tus ojos inmortales leen mi pecho,  
y ven cuanto te amé. Mi dócil mente  
con atención profunda recogía  
de tu boca elocuente en las palabras  
el saber, la verdad. Aun de tu frente  
en la serena magestad, leía  
altas lecciones de virtud. Tus pasos,  
tus miradas, tu hablar, tus pensamientos  
eran paz y virtud. ¡Con que dulzura  
de mi impaciente pecho reprimías  
el ardimiento y la fieraza..! El cielo  
contra el ciego furor de los malvados  
te dió un asilo, y solo me dejara  
entre borrascas mil... ¡Cuál me lanzara  
al sepulcro tras ti, si no temiese  
que de mi ciega furia se ofendiese  
la sombra paternal! Pero á lo menos  
á, morir sobre tu tumba, y junto  
á tu polvo sagrado  
reclinaré mi polvo atormentado,  
que al eco de tres sílabas funestas  
aun allí temblará. Mas tu memoria  
será, miéntras respire, mi consuelo,  
y grato y dulce el solitario llanto  
que á ella consagre, mas que gozo alguno  
que me pueda ofrecer el bajo suelo.  
No me abandones, padre, desde el cielo.

Patria...! Nombre cual triste delicioso  
al peregrino mísero que vaga  
lejos del suelo que nacer le viera!  
¿Cuando del árbol paternal la sombra  
volverá á refrescar su árida frente?  
¿Cuando en la noche el músico ruido

de las palmas y plátanos sonantes  
vendrá apacible á regalar mi oido?  
¡Cuantas dulzuras ¡ay! se desconocen  
hasta que sin piedad la suerte fiera  
nos las roba! Jamás, jamás los campos  
de Cuba parecieron á mis ojos  
de mas beldad y gentileza ornados,  
que hoy á mi acongojada fantasía.  
¡Triste recuerdo de maldad y llanto!  
Cuando iba á gozar paz el alma mia,  
redobló el infortunio sus rigores,  
y de persecucion y de furores  
pasó tronando el borrascoso dia.  
Desde entonces mis ojos anelantes  
miran á Cuba, y á su nombre solo  
de lágrimas se arrasan. Por la noche  
entre el bronco rugir del mar airado  
se oye el himno infeliz del desterrado.  
O si el Océano inmóvil  
en la callada noche se adormece  
de Junio y Julio en las ardientes calmas,  
oir me parece en la distante brisa  
la voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condeneis á que aqui gima,  
como en huerta de escarchas abrasada  
se marchita entre vidrios encerrada  
la planta estéril de distinto clima.  
De mi alma el entusiasmo se há apagado:  
en mis manos ¡oh lira! te rompiste.  
¿Cuando sopla del Norte el viento triste,  
puede algun corazon no estar helado?  
¿Do están las brisas de la fresca noche,  
adonde de la luna inspiradora  
el tibio resplendor? ¿Do del naranjo

y del mango suavísimo el aroma?  
¿Donde las nubecillas, que flotando  
en el azul profundo de la esfera,  
islas de paz y gloria semejaban?  
Tiende la noche aquí su oscuro velo;  
el mundo se adormece inmóvil, mudo,  
y el aire punza, y bajo el filo agudo  
del yelo afinador centella el cielo.  
Brillante está á los ojos, pero frio,  
frijo como la muerte. Yo lo admiro,  
mas no lo puedo amar, porque me mata,  
y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del Norte, y á los campos  
de mi patria adorada  
lleva mi llanto, y á mi madre tierna,  
y al mas digno, al mas fiel de los amigos  
murmura mi dolor...

A ti me acojo, fiel Melancolía:  
alivia mi penar: á ti consagro  
de mi existencia el resto miserable.  
Siempre eres bella, interesante, amable,  
ya nos renueves los pasados dias,  
ya amargamente plácida sonrías  
en la pálida frente de una hermosa  
á quien la enfermedad feroz anuble  
su edad primaveral. Benigna diosa,  
tu bálsamo dichoso de consuelo  
vierte en mi alma afligida,  
hasta que vaya á descansar al cielo  
de este delirio que se llama vida.



## EL MÉRITO DE LAS MUGERES.

Yo canto las virtudes y atractivos  
que adornan gratos del linage humano  
á, la amable mitad. Belisa hermosa,  
admite con agrado el homenage  
que rindo á tu beldad: tu faz de rosa  
vuelve apacible á mí: logre á lo menos  
una sonrisa tuya, una mirada  
de tus ojos dulcísimos, serenos,  
tu encendido cantor. Tú eres la Musa  
que preside á los sones de su lira  
cuando celebra tu beldad amada.  
Yo lograré feliz la única gloria,  
el solo premio á que en mi canto aspiro,  
si me consagras plácida un suspiro,  
y un recuerdo agradable en tu memoria.

Era la nada, y el informe cáos  
entre espantosa oscuridad giraba.  
Mas Dios habló, y al eco poderoso  
de la criadora voz, viérais al cáos  
airado revolverse y tempestuoso,  
y de sus senos pálidos, oscuros,  
á la pierra lanzar: viérais al punto  
como el Criador las aguas de la tierra  
con su soplo apartó, y alzó los montes,  
tendió los valles, y con larga mano  
cubrió los bosques de verdor sombroso,  
y para ser del orbe soberano  
con prodigo mayor al hombre hiciera.  
Tras obras tan espléndidas y hermosas  
hizo de la Beldad su obra postrera.  
En esta obra maestra de sus manos

se detuvo el Criador: noble destino,  
que abrió á su gloria la feliz carrera!

¿La mano del Señor al mundo diera  
mas adorable objeto, mas divino?  
Aquella frente celestial y pura,  
donde el pudor y dignidad se miran;  
la boca llena de sin par dulzura,  
que turba los humanos corazones  
con sonrisa apacible: aquellos ojos  
donde brilla del sol la activa llama,  
cuyo mirar sereno y sin enojos  
en delicioso ardor al hombre inflama:  
aquel cabello que en dorados rizos  
baja á adornar su faz: el lindo talle  
de gentileza lleno y gallardía:  
el seno voluptuoso dó su nido  
asentaron triscando los amores:  
el tejido que forma sangre pura  
bajo alabastro limpio y transparente.  
Sin duda que atractivos tan amables  
bastan á seducir; mas la hermosura  
para doblar y prolongar su imperio,  
sabe agregar á tan divinas gracias  
el encanto feliz de los talentos.

¿Los pintaré? De un clave los acentos  
Clóris une su voz fácil y dulce,  
y yo la escucho estático y pasmado.  
Su canto hermoso me penetra el alma,  
me enagena feliz, y arrebatado,  
y envuelto entre placer tiemblo y la adoro.  
Mas ¡ay! que cesa Clóris: su maestro  
con mas velocidad, con mayor fuerza  
el clave hace sonar: tiene mas ciencia,

mas ¿tiene tanta gracia como Clóris?  
¿Ofrece acaso á mi encantada vista  
aquejlos brazos que el amor torneara,  
ni aquel rubor que al resonar los *vivas*  
cubre de Clóris la divina cara?

Sigue un baile al concierto: allí Lucinda  
Laura y Melisa, cual la rosa bellas,  
en la flor de su edad, cubiertas todas  
de oro y de flores en feliz tejido,  
al compás de la música agitando  
su talle gentilísimo, semejan  
al lirio por el zéfiro mecido.  
De su beldad los jóvenes prendados,  
y de su amable gracia, ven que Momo  
para agradar, de Cípris necesita.  
Y ¿que fueran sin ella del téatro  
las funciones espléndidas? Sin duda  
por la belleza que Orosman adora  
á toda alma sensible interesando  
de Racine el rival, tierno y sublime  
supo espresar de Zaira los dolores:  
mas de Gaussin el órgano divino  
la conquistó mas lágrimas, que el genio  
de su inmortal autor.

¡Oh bellas artes!  
empleando la muger vuestros secretos,  
os hace mas amables: de las flores  
por Valayer regadas sobre el lienzo,  
tiéndese fácil mi engañada mano  
los tallos á coger: una y mil veces  
encantado imagino que respiran  
los retratos preciosos de la mano  
de Lebrun inmortal: las mismas Gracias

su pincel delicioso dirigieron.  
Leed á Genlis, á, Galvez y á *Corina*;  
ved las obras preciosas que escribieron:  
Amor pintó tan halagüeños cuadros.  
Si la muger en varonil delirio  
no supo hacer que por su labio henchida  
la trompa de Tirtéo resonase,  
há sabido probar que sin esfuerzo  
bajo sus dedos ágiles, ligeros  
fácil suspira sin esfuerzo alguno  
la flauta pastoril.

Graves censores

del sexo amable, acaso á vuestros ojos  
imaginarios son tan ricos dones.  
¡Ah! pues que sus talentos no os encantan,  
al menos sus servicios repetidos  
desarmaros sabrán: con nuestra vida  
de la muger empiezan los afanes.  
Ella lleva en su seno doloroso  
al fruto de himeneo que mil veces  
es para ella infeliz: por largo tiempo  
sobre un lecho cruel desfallecida  
gime doliente, y moribunda al cabo  
le pone en los umbrales de la vida;  
y al tierno y nuevo ser ya consagrada,  
los cuidados amantes le prodiga  
á la infancia del hombre necesarios.  
¡Cuan preciosos cuidados! Cuando duerme,  
aplica sin cesar el cauto oído,  
y de las sombras al silencio atiende.  
O si Morféo la adormece un punto,  
al mas leve rumor abre de nuevo  
sus agravados párpados, y pronta

á la cuna de su hijo inquieta vuela;  
inmóvil le contempla largo rato  
la paz gozando de su dulce sueño,  
y á su cama se torna, aun no tranquila.

Si el niño se despierta, en el instante  
presentándole plácida su seno,  
le vierte la salud en leche apura.

¿Que importa la fatiga á, su ternura?  
Existe en su hijo, y á los tiernos ojos  
del esposo se muestra muy mas bella  
con el al seno suspendido.

#### El niño

de la vida adelanta en la carrera.

Su madre está con él: su mano amante  
sostiene, ayuda sus primeros pasos:  
ella fué su nodriza, y es su guia.

Al punto que su voz temblando empieza  
á articular sonidos, *madre mia*,  
es la primer palabra que le enseña.

A preceptores duros entregado  
presto gime infeliz... ¿Cual es el seno  
donde su corazon despedazado  
corre á buscar alivio á sus tormentos?

El de su madre: de ternura lleno  
su labio fiel con plácidos acentos  
disipa su dolor, su llanto enjuga,  
le dá lindos juguetes, y afanosa  
torna la paz á su agitado pecho,  
tomando su defensa.

#### Edad hermosa,

¡ay! pasas cual relámpago, y el hombre  
deja la infancia, y al amor despierta.  
Ya en su frente serena está pintado  
un tímido rubor: húmeda llama

brilla en sus ojos vivos: inflamado  
su tierno corazon se eleva y gime,  
y el insufrible peso que le opprime  
no puede sacudir: anela ardiente  
una felicidad desconocida,  
y siéntese turbado de repente  
por secreto terror: su alma encendida  
no puede hallar reposo.—De este modo  
sufrí tambien; pero te ví, adorada,  
y pensé ver á un dios: estremecido,  
débil la planta, y respirando apenas,  
palpitándome el pecho acelerado,  
y en confusión dulcísima perdido  
me sentí á tu mirar... ¡Horas felices!  
¡Oh languidez sublime y deliciosa!  
¡Oh! ¡Cuanto fui feliz! Cuanto, mi hermosa,  
sentí mi sangre arder, cuando á tus lábios  
el beso arrebaté...! Cual desgraciado  
que en tinieblas naciera, y luego el arte  
le hiciera ver el sol, arrebatado  
á otro universo entonces me creyera:  
hablar contigo y verte y adorarte  
mi ocupacion y mi delicia fuera,  
Tú encantaste mis horas: la carrera  
de mi vida feliz ornaste en flores;  
por ti la paz, la risa y los amores  
en torno de mi frente revolaban,  
y gratos y afanosos ahuyentaban  
los cuidados, la angustia y los dolores.  
Y ¿cuál fué mi dolor cuando arrancado  
me vi á tu dulce amor y á tu presencia?  
Dilo tú ¡oh noche! que testigo fuiste  
de mi amargo penar, de mis furores:  
cuenta como mi llanto recibías,

compasiva mis quejas escuchabas,  
y en tu silencio plácido aliviabas  
el tormentoso horror de aquellos días.

Pero alzábbase el sol, y al universo  
la claridad tornaba y la alegría,  
mas no á mi corazon: sobre alta roca  
que el mar bañaba con furiosa espuma,  
salvaba con la ardiente fantasía  
el espacio insondable que tendido  
me apartaba de ti: mi pecho ardía,  
y en alas del amor arrebatado  
llegaba, y palpitaba, y te veia.  
Mas la razon desvaneció severa  
tan dichosa ilusion: ¡cuan triste entonces  
canté los males de la ausencia fiera!  
Al eco incierto, al áspero silvido  
del viento bramador sonó mi canto,  
y el viento bramador llevó mi llanto  
al turbulento mar: mas aun entonces  
con placer melancólico, inefable,  
tu beldad recordaba,  
y mis ardientes lágrimas amaba.

Mas ved á Delio que á Melisa unido  
fué en himenéo feliz. Vedle: ya es padre.  
¡Oh venturoso amante! ¡con que gozo  
sientes que otro *tú mismo* te acaricia!  
Ah! cuan fuera de ti, con que delicia  
estrechas esa prenda tan preciosa  
sobre tu corazon, y tus facciones  
hallar pretendes en su faz graciosa!  
Con su madre afectuoso le comparas,  
y mas te la hace amar si es su retrato.  
Si sale de tus brazos, conmovido

sigues sus movimientos, y mirando  
jugar, correr, crecer tu imagen viva,  
por sus inclinaciones ya le juzgas  
gloria y honor de tu vejez dichosa.  
¿Felicidad tan alta disfrutaras  
viviendo sin amor y sin esposa?

¡Una esposa! Su vista y su dulzura  
do quier del hombre alivian la fatiga.  
Allá fogoso con la esteva dura  
rompiendo el labrador la árida tierra,  
sobre los surcos el sudor prodiga.  
A la tarde retírase agoviado:  
gime, y vá á sucumbir á tanto peso;  
mas vió á su esposa, y se sintió aliviado.  
Allí el ministro vano y orgulloso  
que del monarca á par alza la frente,  
en su poder supremo, inutilmente  
anhela ser feliz: triste, sombrío,  
de su consorte al seno delicioso  
viene á huir de si mismo, y allí olvida  
el tedium, las sospechas que á los Grandes  
emponzoñan sin fin la triste vida.  
Por amor del orgullo distraido,  
respira á par de su sencilla esposa  
del peso y resplandor de sus honores:  
si solitario, yerto y sin amores  
le hubiera hecho vivir la suerte avara,  
¿donde su corazón descanso hallara?

Mas dejemos á amor: sin él tenemos  
un lazo encantador que une las almas.  
Es la pura amistad: tierna sin zelos,  
la vida de los hombres hermoséa.  
Pero en una muger es muy mas dulce;

entonces es de amor la bella hermana:  
entonces venturosos obtenemos  
las complacencias gratas, los cuidados  
que el hombre con el hombre nunca supo  
sino á medias tener, y poseémos  
menos que amante, pero mas que amigo.  
¿Teneis algun proyecto? Os es muy grato  
confiarlo á una muger, pesar con ella  
lo que tiene de cierto y de dudoso.  
¿El infortunio en su furor odioso  
os sume entre dolor? Bálsamo dulce  
á vuestra alma será que á vuestras penas  
responda una muger: tierna y sensible,  
sabe tomar mejor que el hombre duro  
aquel tono simpático, apacible,  
que calma los pesares y dolores,  
y sabe unir mejor su llanto al llanto  
del que sufre del hado los rigores.

Mas si el placer nos brinda y los amores,  
tambien nos lleva de la gloria al templo.  
Ved aquel jóven cuyo genio anima  
el ansia de agradar: sus versos bellos  
ya declama el actor, y del teatro  
víbrase el arteson, y estremecido  
retumba con su nombre y los aplausos;  
y gozando su triunfo, conmovido,  
*¡Oh mugeres! esclama, sí: ó vosotras  
debo aqueste placer y aquesta gloria.*

¿Por que ese joven, hasta aqui ignorado,  
corre á buscar al campo la victoria?  
Porque los ojos bellos que idolatra,  
ojos que muchos idolatran fieles,  
parecerá mas bello y mas amable

si le adornan de Marte los laureles.  
¿Quien mejor que una hermosa inspirar puede  
á un guerrero valor? Y ¿no se há visto  
á una muger grande hombre allá en Palmira  
oponerse de Roma á los furores?  
Otra junto al Eufrates sometido,  
como conquistador lidió valiente,  
y gobernó cual rey. Pero ¿que digo?  
¿Solo las reinas pueden la alta frente  
ceñirse de laurel? Mil y mil otras  
ó generales ó soldados siendo,  
sus cuerpos delicados estrecharon  
con el hierro durísimo, y cubriendo  
con el yelmo su frente encantadora,  
y empuñando la espada, á lid de muerte  
los miembros espusieron  
que á lid mas dulce destinó la suerte.  
Gimió al verlas Amor.

Tened la planta,  
hermosas, por piedad: que! ¿no os espanta  
de Marte aterrador la faz odiosa?  
No con sangre mancheis las blancas manos  
que destinára Amor á las caricias:  
Vuestro dulce mirar cause delicias,  
no pavor, cual los hombres inhumanos.  
Ese horroroso asolador torrente  
arroyo fué una vez: entonce al suelo  
con su serena y plácida corriente  
llenaba de placer: junto à sus aguas  
el césped matizábase de flores,  
y á su dichosa márgen los pastores  
contra el rigor del abrasado cielo  
encontraban asilo, y los amores  
entorno á las zagalas revolando

la hicieran su mansión... Hora furioso  
en remolino raudo arrebata  
chozas, ganado, y perros, y pastores,  
meses destruye, y en angustia y duelo  
inunda la comarca. Pavorido  
huye su encuentro aquel, miéntras su amada  
en la corriente férvida arrastrada  
implora en vano su favor. Herido  
responde el alto monte á los lamentos  
y del agua al bramar... —Siempre ¡oh hermosas!  
dulces y tiernas sed: ¿no os satisfacen  
la adoración del hombre y de la tierra?  
¿Quereis también que os tema y os maldiga,  
y con mano enemiga  
marchite esa beldad...?—Mas no me escuchan,  
y ardiendo en ciega cólera y enojos,  
á las rabiosas lides alanzadas,  
logran allí victorias duplicadas  
con el brazo valiente y con los ojos.

Díganlo tus hazañas generosas,  
Telésila arrogante y afamada;  
dígalo tu valor que á los franceses  
defendió, Juana de Arc: de la cabaña  
á las lides lanzándose animosa  
cuando el inglés á Orleans amenazaba,  
apareciste, y asombrado el campo  
creyó mirar un ángel del Eterno,  
que del empíreo en su favor bajaba.  
Combates, y el inglés pierde su orgullo,  
y huye aterrado al mar; á Orleans libertas;  
salvas á Francia de extranjero yugo;  
y al pueblo de Reims aun admirado  
de tus hazañas que mirado había,

tornas el rey, que mudo y asombrado,  
el yermo trono al vencedor cedía.

¡Oh destino feliz del sexô amable!  
Triunfa do quier, pero tal vez la espada  
no le sienta muy bien: su ruego y llanto  
mas dulces armas son, mas poderosas.  
¡Cedan el hierro y fuego á las hermosas!  
El cruel Asuero, el déspota persiano  
feroz proscribe á la nacion hebréa.  
Tiéndese en Israël el mudo espanto,  
y el aflado alfange centelléa.  
Pero Ester de sus lágrimas ornada  
perdon demanda, y el perdon obtiene;  
y de Isräel las vírgenes gozosas  
su númer tutelar tiernas la llaman,  
y con sonora voz cantando claman:  
¡*Cedan el hierro y fuego á las hermosas!*

Armado de venganza Coriolano  
viene fiero á destruir la ingrata Roma,  
que con destierro le pagó sus triunfos.  
Tribunos, viejos, cónsules, vestales  
y pontífices sacros, vanamente  
se arrojan á sus pies: sus dioses mismos  
bajan la faz ante su altiva frente.  
Mas todo en vano; el héroe solo escucha  
la voz de su furor, y alza la espada,  
y Roma vá á caer.... Mas vé á su madre...  
Veturia noble por la patria amada  
olvidando la injuria de su hijo,  
implora al vencedor, que gime, y cede,  
y el llanto de Veturia á Roma salva.  
En vano Eduardo al bárbaro verdugo  
quiere entregar con vengativa mano

los seis guerreros de Calés rendida.  
Margarita, su esposa, enternecidá  
defiende á los magnánimos franceses,  
y ganando una espléndida victoria  
de su ciego furor, salva en un punto  
á ellos la vida, al vencedor la gloria.

Abre tus puertas ya, recinto triste,  
do el enfermo indigente y sin asilo  
vá lánguido á gemir: allí mugeres  
que de hermanas<sup>\*</sup> distingue el dulce nombre,  
le prodigan su zelo y su cuidado.  
Al cielo invocan, y á la tierra sirven;  
y el pié dejando del altar sagrado,  
vuelan piadosas al doliente hermano,  
y son de un Dios de amor dignas esposas  
para aliviar al infeliz humano.

Mugeres adorables! cual mintiera  
quien tímidas os dijo! valerosas  
sois á la voz de vuestros nobles pechos.  
¿Porque verdugos viles allá en Tébas  
con muerte atroz á Antígone inmolando,  
la entierran viva en una gruta oscura?  
Porque dando á su hermano sepultura,  
con mano religiosa honrar quisiera  
el mísero cadáver, que á los buitres  
la venganza inclemente prometiera.  
No la cruel ley Antígone ignoraba,  
mas vió su Polinice idolatrado,  
que de la tumba y de su honor privado  
el favor postrimero la pedía,

---

<sup>\*</sup> Alude á las saurs grises que cuidan en Francia los hospitales.

y le sepulta y muere... Y ¿cuál el crimen  
de esa Eponina fué! Porque al cadalso  
la miro conducir? Porque en la cueva  
do huyó Sabino al vencedor contrario  
vino á sufrir sus males y peligros  
un lustro y otro mas. ¡Oh heróico ejemplo  
del amor conyugal! Tan triste estancia  
para ella fué de la ventura el templo.  
Ella hermoseó a los ojos de Sabino  
la caverna espantosa;  
su dulce voz sonando melodiosa  
con el canto de amor puro, divino,  
supo encantar los ecos pavorosos  
que la honda cueva con horror volvía,  
y cuando al orbe la callada noche  
en plácido silencio adormecía,  
trocaba en lecho de himenéo dichoso  
la áspera roca que á ambos recibía.

Y ¿por que allá en los tiempos apartados  
los modelos buscar? En nuestros días,  
cuando sobre la Francia desolada,  
feroz pesaba el cetro ensangrentado  
de decemviros crueles, ¿no han probado  
con mil rasgos espléndidos, sublimes,  
su magnanimitad? El mudo espanto  
sobre la Francia atónita volaba:  
el frances del frances no fiel hermano,  
sino enemigo fiero se mostraba.  
Ellas, empero, firmes arrostraron  
de los tiranos el furor. Aquella  
desde el alba arrancándose al reposo,  
sentada en el umbral de sus palacios,  
aguardaba constante su presencia.

Aquella con el oro desarmando  
de un alcaide insensible los furores,  
á un calabozo fúnebre y sombrío  
bajaba á consolar al triste padre  
ó al objeto infeliz de sus amores.  
Otra, si estos marchaban á la muerte,  
insultaba furiosa á sus verdugos,  
y lograba feliz la misma suerte.  
Todas, apoyo del frances cuitado,  
por él tiernas y ardientes suplicaban,  
ó con él generosas se inmolaban.

Y ¿olvidarte podré, jóven sensible,  
que habitabas el techo hospitalario  
do á la persecucion enfurecida  
oculté á mi pesar mi amarga vida?  
¡Oh! como la piedad hija del cielo  
en tu divina frente disipaba  
de tu amigo proscripto los dolores!  
Angel de dulce paz y de consuelo,  
tu memoria preciosa, que embellece  
de mi destierro las cansadas horas,  
á mi sepulcro bajará conmigo,  
y en su yelo no mas podrá entibiarse  
la gratitud ardiente de tu amigo.

Tal brilla la muger en sus virtudes.  
Si bajo nuestra planta vacilante  
abre la varia suerte un precipicio,  
se arroja con nosotros, o nos salva.  
Siempre sobre ella el infeliz reposa,  
y aun aquel que es feliz, solo á ella debe  
el colmo de su suerte venturosa.  
Ella su abril entre placer adorna:  
cuando el tiempo veloz ruga su frente,

cuando le oprime ancianidad amarga,  
gracias á sus cuidados, siente ménos  
de la yerta vejez la odiosa carga.  
En las mismas orillas del sepulcro  
puede coger temblando algunas flores,  
y al cerrarse sus ojos á la vida,  
miran á la que alivia sus dolores.

Del bello sexô eternos enemigos,  
¿que teneis que oponerme? Ya os contemplo  
que á la avara pintais, y la soberbia,  
la varia caprichosa y la inconstante,  
á la megera sin cesar zelosa,  
azote de su esposo ó de su amante.  
¿Somos nosotros ángeles acaso  
para osar reprenderlas? ¿No tenemos  
esos defectos, sin tener sus gracias?  
Pero no me escuchais, y mas severos  
me presentais á Erífile, á Medea  
con su furor á Cólcos espantando:  
el crimen de las Lésbias inhumanas;  
á Mesalina impúdica, ordenando  
saturnales horribles; á la odiosa  
Médicis fiera, aconsejando al hijo  
de los franceses la feroz matanza.  
¿Y quien como vosotros no detesta  
á esas mugeres bárbaras? Mas, ellas  
deben hacer odioso al sexô entero?  
Sobre nuestras cabezas centellando  
mil estrellas mil pueblan el cielo.  
Algunas hay que tras su curso arrastran  
la peste, las borrascas, y su aspecto  
nos anuncia desgracias y dolores.  
Y ¿por eso no mas la vista mia

no alzaré á las demás, que me consuelan  
del vasto luto de la noche umbría?

Ornanse nuestros campos de mil flores:

y ¿porque algunas pérfidas ofrecen  
negra ponzoña á la feroz venganza,  
menos bellas las otras nos parecen?

¿Las menospreciaremos cuando brillan  
con colores variados é inocentes,

y desparciendo delicioso aroma  
nos hace respirar puros placeres  
su balsámico aliento? Las mugeres,  
de la envidia apesar y sus furores,  
son las estrellas y apacibles flores  
que adornan el desierto de la vida.

Tú que las menosprecias, ¿no te acuerdas  
de que una madre tienes? —Torna ¡oh ciego!  
de tal error, y al bello sexô adora,  
miéntras mi boca, de su amor movida,  
sus loores canta y su favor implora.



### ATALA.

Des que te vide, prisionero hermoso,  
sentado á par de la luciente hoguera,  
por mis venas corrió fuego dichoso,  
que no puedo esplicar. ¡Quien á tu lado  
vivir siempre pudiera,  
y consolarte en tus amargos males,  
y tu gozo partir! ¡Fuérame dado  
romper osada tu cadena dura,

y á tu lado corriendo á los desiertos,  
gozar contigo sin igual ventura!  
Pero no la gozara, que al mirarte  
me siento estremecer. Quédanse yertos  
mis miembros todos, y con furia bate  
mi ansioso corazon dentro del pecho.  
¡Cuan estraña es mi suerte!  
Tiemblo cuando te miro, y si te partes  
ánsio y me agito por volver á verte.

Al punto que te miro,  
gallardo prisionero,  
uir de tu vista quiero,  
y no te puedo uir.  
Con languidez suspiro  
al verte que suspiras,  
y lánguido me miras,  
y pienso yo morir.

Ayer tarde le vi junto á la fuente  
á mi lado correr; temblé, y ardiente  
apretando mi mano, así me dijo:  
“Desde que te miré la vez primera,  
el sueño huyó de mis ardientes ojos.  
La memoria feliz de tu hermosura  
en mi pecho se iguala  
á la memoria dulce y lisonjera  
de la cabaña en que nací... ¡Oh Atala!  
Mal puede responder á tus amores  
un corazon que aguarda los horrores  
del suplicio y la muerte.”—¡Ay, sí, mi amado  
sin mí perecerá; salvarle es fuerza,  
y seguirle tambien; sí, sí, seguirle.  
¿Qué han menester los hijos de los bosques  
para vivir?... En su ropage verde

morada nos dará la antigua encina.  
Saldrá el brillante sol, y á par sentados  
al borde de un torrente bullicioso,  
veremos con placer su divina.  
O á la sombra de un álamo frondoso  
los dos triscando en deliciosa fiesta  
miraremos pasar la ardiente siesta,  
y él me dirá palabras misteriosas,  
y yo responderé con tierno acento:  
“¡Oh Chactás! ¡Oh mi amor! Tu rostro hermoso  
es mas grato de Atala al blando pecho  
que la sombra del bosque al mediodía,  
ó los silvidos del furioso viento,  
cuando sacuden la cabaña mia  
enmedio de la noche silenciosa.”  
Asi diré: me estrechará en sus brazos,  
llamándome su esposa,  
y escuchará el desierto mis amores,  
y alegres repitiendo el canto mio,  
Chactás y Atala volverá la selva,  
Chactás y Atala el resonante rio.

¡Oh placer sin igual!... Pero mi madre...  
¡Oh recuerdo de horror! ¡Horrible lazo!  
¡Oh voto temerario y detestable!  
Ay! la sombra implacable  
de mi madre infeliz do quier me sigue,  
y en pavorosa voz me anuncia muerte.  
¡Muerte! termine de una vez su brazo  
el horror de mi suerte.  
Evíteme ¡ay! el bárbaro martirio  
de adorar á Chactás y abandonarle.  
¡Abandonarle! ¡oh Dios! El blanco lirio  
cuando con magestad sobre su tallo

muévele fácil la ligera brisa,  
no es mas gallardo y bello que mi amante.  
El puro olor de la encendida rosa  
es menos grato al corazon de Atala  
que de su boca el encendido aliento.  
Ay! ¿y le he de olvidar? Vuela el colibri  
de un bosque al otro, y su pequena esposa  
ráuda vuela tras él... ¡Mi suerte impía  
me hace mas infeliz, pues en su saña  
volar me impide tras la prenda mia!

¿Quien me lo vedá? Dios! ¿Y por ventura  
ese Dios es un bárbaro, que fiero  
se goza en mi dolor, y vé agradado  
de mi encendido pecho los tormentos?  
¿Le deleitan acaso los acentos  
de desesperacion, mas que los himnos  
de hermosa gratitud, que una alma pura,  
inocente y feliz, férvida eleva  
hasta los pies de su perenne trono?  
Ah! ¿porque de Chactás á la ternura  
que pague con rigor duro me ordena?  
¿Porqué permite que á Chactás yo adore?  
¡Oh madre! ¡oh madre! tu irritada sombra  
callar me ordena, y que á Chactás olvide.  
No le puedo olvidar: á Dios pluguiera  
que posible me fuera  
tus ánsias sosegar ¡oh madre tierna!  
Ah! perdona clemente mis errores:  
no mas me aterres.... no.... Con alma pia  
Pide á, tu Dios.... que borre ¡nunca sea....!  
¡Oh Chactás! ¡Oh gran Dios! ¡Oh madre mia!



## MIS VERSOS.

Pregúntasme, muchacha,  
porque los versos mios  
tan solo decir saben  
de amores y de vino.  
Me excitas á que cante  
con plectro mas subido  
combates y victorias,  
y reinos destruidos.  
Asuntos tan sublimes  
tratar nunca hé podido;  
pues solo Erato tierna  
preside á mis escritos.  
Es tímida, y la asustan  
de Marte enfurecido  
la voz atronadora  
y el ademan sombrío.  
Mas si me vé cercado  
de hermosas y de vino,  
gozosa me dispensa  
su influjo el mas benigno.  
Entonces me enardezco,  
y mil alegres himnos  
canto con tono fácil  
á Baco y á Cupido.

1819.



## MI CIENCIA.

Estudien los guerreros  
la ciencia detestable  
de verter á torrentes  
de los hombres la sangre.  
Sigan otros las huellas  
de Newton y Descartes,  
y á los raudos planetas  
el camino señalen.  
O bien las leguas midan  
que hay en número grande  
del sol á nuestra tierra,  
de Júpiter á Marte.  
O á discurrir aprendan  
en una frágil nave  
por la cabida inmensa  
de los pérvidos mares.  
O estudien cuidadosos  
la ciencia con que saquen  
del seno de la tierra  
codiciados metales.  
¡Ay! bien corta es la vida  
del hombre miserable  
para que la consuma  
en tan tristes afanes.  
No quiero que las ciencias  
vengan á atormentarme,  
ni que mi alegre frente  
el meditar empañe.  
Es todo el saber mio  
decir con voz suäve  
á Baco y á Cupido  
dulcísimos cantares;

amar á mis amigos,  
y hacérmeles amable,  
vivir quieto y dichoso...  
¿no es ya saber bastante?

1819.



### EL RUEGO.

De mis pesares  
duélete, hermosa,  
Y generosa  
paga mi amor.  
Mira cual sufro  
por tu hermosura  
angustia dura  
pena y dolor.

¿Quien ¡ay! resiste  
cuando le miras,  
y fuego inspiras  
al corazon?  
Cuando tu seno  
blando palpita,  
¿en quien no excita  
plácido ardor?

Secreto afecto  
me enardeciera  
la vez primera

que yo te vi.  
Tu habla divina  
sonó en mi oido;  
y conmovido  
me estremecí.

De amor el fuego  
corre en mis venas...  
Sí... de mis penas  
ten ¡ay! piedad.  
Tenía... un afecto  
dulce y sencillo,  
releva el brillo  
de la beldad.



## IMITACIONES



### MELANCOLÍA.

Hoja solitaria y mística,  
que de tu árbol arrancada,  
por el viento arrebatada  
triste murmurando vas;  
¿adonde corres? —Lo ignoro,  
La encina añosa que ornaba

este prado, y me apoyaba;  
destrozó ya el huracan.

Antes á su sombra amiga  
las zagalas y pastores  
cantaban, y sus amores  
contenta escuchaba yo.  
Nise, la joven mas bella  
que jamas pisó este prado,  
tal vez pensando en su amado,  
bajo de mí se asentó.

Yo escuché sus dulces ánsias,  
y me gozé en sus caricias,  
cuando de amor las delicias  
le vi con ella gozar.  
Pero azotada la encina  
del huracan inclemente,  
abatió su altiva frente,  
y de ella me ví arrancar.

Desde entonces cada dia  
ráudo el viento me arrebata,  
y aunque fiero me maltrata,  
ni aun oso quejarme dél.  
Voy, de su impulso llevada,  
del llano á la selva umbrosa,  
do van las hojas de rosa,  
y las hojas de laurel.



## MEMORIAS.

¿Recuerdas los bellos dias  
en que tímido y sincero  
el homenage primero  
te llegará á presentar?  
¡Oh ceguedad! ¡oh estravío!  
¡Ay! nunca, Lesbia inconstante,  
un pecho mas fiel y amante  
pudiera Amor inflamar.

Nunca, nunca á infiel hermosa  
nadie tan tierno quisiera:  
mudable el tiempo lo hiciera,  
y el tiempo me consoló.  
El amor que me inspiraste  
para siempre se há borrado:  
no mas el fuego apagado  
recuerdes al corazon.

En vano con rostro amigo  
me tiendes la blanca mano;  
la fé reclamas en vano  
que á la tuya prometí.  
La credulidad que sola  
devolvértela pudiera,  
por tu inconstancia altanera  
para siempre huyó de mí.

El ligero pajarillo  
de la prision escapado,  
prudente y escarmentado,  
teme al señuelo traidor.  
No ya se acerca cual ántes,

que la desgracia le instruye,  
y la esclavitud rehuye  
que le brinda el cazador.

1821.



### PLAN DE ESTUDIOS.

De esos proyectos de estudio  
te repreubo la imprudencia:  
advierte que tanta ciencia  
no conviene á la beldad.  
No: tu sencillez conserva,  
y aquesa amable ignorancia  
que los juegos de tu infancia  
te recuerdan sin cesar.

Sí, amada; ya el dios del gusto  
te instruyera cuidadoso  
en el arte delicioso  
que Tersícore inventó.  
Sabes de amor las canciones,  
y sabes con ágil mano  
unir los sones del piano  
á tu dulce y tierna voz.

En el mapa nunca busques  
los climas tristes, lejanos,  
que de Griegos y Otomanos  
ven las lides y el furor.  
No busques al Samoyedo,

que sumido en yelo eterno,  
sufre de perenne invierno  
la tristeza y el horror.

Conoce á Páfos y á Idalia,  
donde el Dios de los amores  
brinda á sus adoradores  
su inestimable favor.

Conoce las tristes playas  
do Leandro espiró rendido,  
y do la mísera Dido  
víctima fué de su amor.

Te aconsejo que no emprendas  
de la historia la lectura,  
do crímenes y locura  
tus ojos fatigarán.

Solo la historia de Páfos  
aprende en el dulce Ovidio,  
y líbrate del fastidio  
que los otros te darán.

La ciencia mas importante  
es la de ser venturosa,  
y aquesa ciencia preciosa  
conmigo la aprenderás.  
Mucho adelantado tienes,  
pues has sabido agradarme:  
yo te amo... en sabiendo amarme,  
no quieras aprender mas.

1822.



## NOTAS.



Pág. 40. — *A la noche.*

Debo esta cancion al dulcísimo Pindemonte.

Pág. 70. — *Poesía.*

¿Se tendrá por extravagante esta tentativa para expresar el espíritu poético?

Pág. 104.—*Los placeres de la melancolía.*

Publico estos fragmentos, por que el poema ya no ha de acabarse. Otros cuidados, que deben ocuparme esclusivamente, no me dejan el ocio de espíritu que exigen las Musas. Por eso imprimo mis versos tales como están. Salgan, pues, y tengan su dia de vida, ya que no deben esperar de mí ni revision, ni aumento.

Solo deseo que este cuaderno excite alguna emulacion saludable en nuestra juventud. ¿Por que no tiene Cuba grandes poetas, cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imaginacion viva, cubiertos por el cielo mas puro, y cercados de la naturaleza mas bella?

Mis amigos echarán menos en esta colección algunos poemas publicados ya: pero estos y otros inéditos, irán en una edición separada.

Pág. 97. — *A Napoleón.*

Este poema es traducción libre de la última de las tres *Messeniennes nouvelles*, publicadas há pocos meses por Mr. Casimiro Delavigne. Emprendí la versión con el solo objeto de distraer algunos ratos de tedio y tristeza. Me encontré con ella concluida, y la agrego aquí, esperando que la novedad y nobleza de los pensamientos dé á otros el mismo placer que á mi.

Pág. 113. — *El mérito de las mugeres.*

Este poema, imitado del francés de Legouvé, se imprimió en la Habana en 1821 y se reimprimió en México. Despues hé visto una traducción fiel de Legouvé, en versos de ocho silabas, que, la verdad, no es digna del elegante autor de *la Opinion*. Me animo á incluir este ensayo en mi colección, esperando que las correcciones que lleva lo hagan menos indigno de la benignidad del público. En su primera edición lo dediqué á mi dulce amigo D. Blas Osés, en prendas del afecto tierno que nos profesamos, y que está ya á prueba de la ausencia, del tiempo y del infortunio.

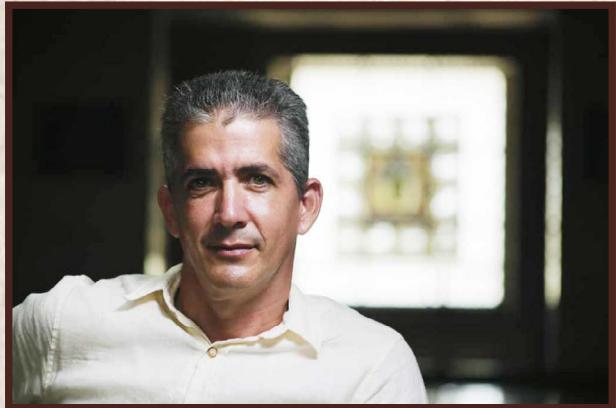
## ONORIA CÉSPEDES ARGOTE



(Granma, 1952). Historiadora cubano-mexicana. Doctora en Ciencias Históricas por la Universidad de La Habana. Es profesora-investigadora en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex), donde coordina el proyecto académico y editorial de las obras completas de José María Heredia y Heredia, orientado al rescate, estudio y

difusión de su legado humanístico. Su trayectoria científica e investigativa se ha centrado en los procesos históricos y culturales de Cuba, México y América Latina, con aportaciones relevantes como la publicación también de las memorias del patriota cubano Francisco Vicente Aguilera. En Cuba fundó la Casa de la Nacionalidad Cubana y la Oficina del Historiador de Bayamo. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y académica correspondiente en el extranjero de la Academia de la Historia de Cuba.

## LEONARDO SARRÍA MUZIO



(La Habana, 1977). Profesor titular e investigador de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Tiene publicados, entre otros, los libros *Raros y valiosos de la literatura cubana decimonónica* (Editorial UH, La Habana, 2019); *Epistolario*, de Julián del Casal (transcripción, compilación y notas, Editorial UH, 2018), y *La palabra y la llama. Poesía cubana de tema religioso en la Colonia* (Editorial UH, La Habana, 2012), títulos que han obtenido el Premio de la Crítica Literaria. Se ha desempeñado como director y editor de algunas importantes revistas culturales cubanas. Actualmente dirige el programa académico de la Fundación Nicolás Guillén y es miembro de la Academia Cubana de la Lengua.